

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Control remoto

Un «robot» que convierte en cenizas a un espía ruso. Un «pesquero fantasma» que aparece y desaparece en la noche. Y además, un agente de la CIA asesinado. Con estas premisas, no puede faltar la intervención de la agente Baby, claro.



Lou Carrigan

Control remoto

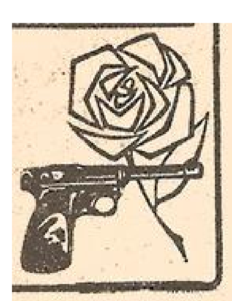
Brigitte en acción - 137

ePub r1.1
Titivillus 22.07.2017

Lou Carrigan, 1971
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo I

Todo lo que se veía era el mar simplemente. Un mar negro, tenebroso, de aguas un tanto agitadas… Sólo lo justo para que se viesen las blancas crestas de espuma brillando a las lejanas luces de Miami Beach y de otras poblaciones menos importantes de la costa, especialmente de Pompano Beach, en cuya playa, escondido entre unas palmeras, estaba el hombre mirando con prismáticos hacia el mar.

Pero eso era todo lo que veía: el mar. Y por su expresión de hosco disgusto parecía que había esperado ver algo más. Algo mucho más importante para él que el mar. Algo… que no estaba allí.

Finalmente, soltó un gruñido, bajó los prismáticos y durante casi un minuto todavía estuvo mirando las negras aguas, como quien se resiste a abandonar toda esperanza. Pero, finalmente, tuvo que abandonarla: allí sólo estaba el mar, y era absurdo esperar algo más a aquellas horas. Dentro de muy poco, comenzaría a amanecer; y si lo que el hombre había estado esperando no había llegado ya, quería decir que no llegaría aquella noche.

Mala suerte.

Plegó los prismáticos, los guardó en un pequeño estuche de piel negra, y los guardó en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Al hacerlo, su mano rozó la pistola que llevaba en la funda axilar en aquel lado, pero no le dio la menor importancia. Evidentemente, para el hombre de los prismáticos, llevar pistola era tan natural como llevar calcetines, por ejemplo.

Se puso en pie, se sacudió la arena, y comenzó a alejarse tierra adentro, pasando por entre las palmeras… y siempre, siempre, pese a la oscuridad de la noche estrellada, perfectamente visible en los círculos gemelos de otros prismáticos, manejados por otra persona que permanecía no muy lejos de él, agazapada, escondida

perfectamente tras un par de palmeras juntas. Una persona que también se puso en pie, guardó los prismáticos en un curioso maletín forrado de raso negro, y se fue tras el hombre, silenciosa, sigilosa como una pantera al acecho de la desvalida y desprevenida presa.

Y así, cuando el hombre llegó al camino de tierra donde había dejado su coche, la pantera negra iba tras él, siempre oculta a sus posibles miradas hacia atrás… Era imposible que el hombre viera a la pantera, era imposible que supiera que en todo momento, mientras él había estado vigilando el mar, alguien le había estado vigilando a él… Imposible. La persona que le vigilaba parecía haber estado toda la vida dedicada a menesteres de esta clase. Lo hacía bien. Lo hacía perfectamente.

Y sus blancos y menudos dientes brillaron en la oscuridad cuando el hombre se alejó con el coche hacia Pompano Beach. Con toda calma, apartó unas matas, sacó una bicicleta, subió a ella y comenzó a pedalear en pos del coche. No tenía prisa ni temor alguno a perder la presa: sabía muy bien dónde iba a encontrarla unos pocos minutos más tarde.

Así fue, efectivamente. Sin la menor vacilación, llegó cerca del pequeño chalet muy poco después. Delante de la puerta estaba el coche del hombre y en la casa se veía luz, en una de las ventanas…

Dentro de la casa, el hombre estaba contemplando las fotografías que había dejado a secar aquella tarde por encima del pequeño laboratorio provisional de revelado. Eran unas fotografías bonitas: se veía el mar, un blanco embarcadero con un pelícano en uno de los postes verticales, algunos yates… Parecían fotografías típicas de esas que suelen tomar los turistas. Bonitas, sí Pero el hombre no parecía muy satisfecho de ellas.

Las liberó de las pinzas, las colocó en orden y fue pasándolas, contemplándolas críticamente con el ceño fruncido. Por fin, las metió en un sobre, se guardo éste en un bolsillo, apagó la luz y salió de aquella habitación hacia el *living*. Encendió la luz de éste, fue al mueble-bar, se sirvió una pequeña dosis de vodka y se dejó caer en un sillón… pensativo. Parecía tremendamente cansado y, sobre todo, aburrido, hastiado…

Cuando sonó la llamada a la puerta, reaccionó tan vivamente que casi derramó el vodka, al ponerse en pie de un salto, sacando la

pistola. Quedó entonces inmóvil, mirando hacia la puerta. Por fin, lentamente, se acercó a ella y se colocó a un lado.

—¿Quién es? —musitó.

—Janar.

Un destello de furia pasó por los ojos del hombre. Abrió la puerta, miró al sujeto que había llamado y se hizo a un lado.

—Pase —gruñó.

El llamado Janar entró en el pequeño chalet, mirando a todos lados como si allí pudiera haber algo importante… o peligroso. Pero no había ninguna de estas cosas, al parecer. El ocupante del chalet cerró la puerta y se quedó mirando ceñudamente a Janar que, al fin, lo miró nervioso. Muy nervioso.

—¿Tiene ya el dinero, Milavitch? —susurró.

—Lo tengo —asintió el hombre que gustaba de vigilar el mar.

—Bien… La situación se está poniendo un tanto tensa para mí. Creo que ha llegado el momento de que desaparezca. De modo que si me da lo convenido…

—No pienso dárselo, Janar.

Éste palideció intensamente.

—¿Qué dice? —jadeó—. Hicimos un trato, usted me ofreció…

—Recuerdo perfectamente nuestro trato y pienso cumplirlo. Pero eso será cuando yo haya obtenido resultados positivos en todo este asunto.

—¡Pero yo no puedo esperar tanto!

—Lo lamento.

—Pe… pero… ¡usted me está condenando a muerte! Ya sospechan de mí, no me extrañaría que me estuvieran vigilando… ¿Qué espera usted de mí? Le dije todo lo que sabía, le facilité todos los datos… ¡No es culpa mía si nada ha ocurrido aún!

—Me pregunto si realmente ocurrirá algo por estos lugares, Janar.

—¿Sugiere que le he engañado? —protestó Janar.

Milavitch sonrió sombríamente.

—No sería la primera vez que un palurdo como usted consigue engañar a un espía de categoría. Hace ya tiempo que aprendí a no hacerme ilusiones respecto a tener la exclusiva de la inteligencia o astucia humana.

—Le juro que le he dicho la verdad, Milavitch… ¡Toda la

verdad! Yo no puedo saber cuándo, pero le aseguro que el pesquero aparecerá en el sitio que usted sabe… Puede que sea mañana o pasado, pero aparecerá. Todo está preparado… Además, tiene usted conocimiento del lugar donde fondea el yate «Flow», sabe cuántas personas hay en él, a qué se dedican… ¡Lo sabe todo, los tiene a todos en un puño!

—Bueno… Eso no es tan fácil, mi amigo. Saber dónde está la presa no quiere decir que ya la hemos cazado. Pero dejemos en paz a los de ese yate. Lo que yo quiero es el pesquero… y ése aún no ha aparecido.

—¡Pero aparecerá, se lo juro!

—No lo dudo… del todo. Pero quiero verlo. Usted debería entender mi posición, Janar: soy un espía ruso que ha entrado clandestinamente en Estados Unidos, se le han facilitado quinientos mil dólares… y eso es todo. Estoy solo, no puedo comprometer a ninguno de los agentes que tenemos en América, a menos que valga la pena. Y hasta ahora, no ha valido la pena, porque yo no he necesitado ayuda para… entendérmelas con ese pesquero fantasma. Hay más cosas aún: yo no puedo entregarle a usted medio millón de dólares sólo porque me haya dicho qué yate me interesa, qué personas hay en él y por dónde aparecerá el pesquero fantasma. Eso es poco si tuviera que rendir cuentas a mis jefes; el nombre de un yate y unas cuantas fotografías que nada dicen, no valen quinientos mil dólares. Véales… Esto es todo lo que he conseguido hasta ahora… y usted me pide a cambio quinientos mil dólares. Lo lamento, Janar.

Éste tomó el sobre, miró las fotografías una a una y, por fin, miró de nuevo al espía soviético.

—No es culpa mía que las cosas se estén retrasando —musitó.

—Ni mía. Y se me está ocurriendo que si realmente desconfían de usted, quizá ese pesquero no aparezca nunca… por el momento. Y si no aparece el pesquero, si yo no lo veo y pongo en marcha mi sistema de rastreo… ¿por qué tengo que pagarle a usted tanto dinero? De veras, Janar, estoy jugando limpio, quiero pagarle… pero sólo cuando haya visto el pesquero y pueda poner en marcha todo mi plan.

—Bien… Le comprendo, Milavitch, sí… Pero usted debería comprenderme también a mí…

—Por supuesto que le comprendo… Pero no pago todavía… ¿Quiere tomar algo? ¿Vodka, quizá?

—¿Vodka al amanecer? —Respingó Janar.

—Si hubiera pasado el frío que he pasado yo en esa playa durante toda la noche, no se escandalizaría tanto. Me parece que tengo jugo de frutas… Jugo americano, envasado —hizo una mueca —. Hasta ahora he podido pasar sin tomarlo, pero quizá a usted le guste.

—Sí… Está bien, tomaré ese jugo. Siento el estómago como encogido y me parece que necesito echarle algo.

Yedor Milavitch estuvo unos segundos contemplando con amable ironía a Janar. Por fin, movió la cabeza, como admirado.

—Me preguntó de dónde sacan las personas como usted el valor para meterse en líos de esta clase, Janar.

—También usted está metido en esto.

—Por supuesto —casi rió Milavitch—. Pero a mí nunca se me encoge el estómago.

—Usted es un espía profesional, y yo no —gruñó Janar.

—Sí, efectivamente… Y esa es la «pequeña» diferencia entre nosotros. La diferencia que endurece un estómago… y otras muchas cosas. Le traeré su jugo. Aunque espero que no prolongue demasiado su visita; quizá se den cuenta de que falta usted del yate «Flow». A propósito, ¿no ha aparecido por allí su… extraordinario jefe de esta superextraordinaria organización?

—No.

—Es una lástima —reflexionó el espía ruso—. Si al menos el jefe hiciera acto de presencia, yo podría hacer una pequeña incursión digamos… poco amistosa en ese yate, y quizá las cosas se solucionarían antes. En fin…

Se guardó el sobre con las fotografías, dejó el vaso con vodka en una mesita y regresó al mueble-bar. Lo abrió y echó un vistazo. Sus largos y fuertes dedos asieron una botella de jugo de piña y comenzó a volverse.

—Ni siquiera está frío, pero puede…

Lanzó un respingo y, con el mismo gesto de volverse, saltó a un lado, con tal agilidad y oportunidad, que la cuchillada que iba dirigida a sus riñones ni siquiera le rozó. La hoja de acero se clavó secamente en una esquina del mueble-bar, y Janar, demudado el

rostro por el espanto al ver fallido su intento de asesinato, lanzó un grito, dio un tirón y recuperó la navaja de resorte volviéndose temblorosamente, con los ojos desorbitados, hacia el espía ruso… que ya no parecía cansado ni aburrido.

Por el contrario, estaba muy activo. Movió la mano derecha rápidamente y la botella de jugo de piña reventó en plena cabeza de Janar, que lanzó un grito terrible y se abalanzó tercamente hacia el ruso blandiendo la navaja en alto dispuesto a llevar hasta el final su proyecto. Su brazo armado bajó, con fuerza de locura, pero la zurda de Yedor Milavitch lo retuvo con toda facilidad, sujetando la muñeca sin aparente esfuerzo, deteniéndola en seco. Inmediatamente, su puño derecho se hundió en sordo golpe en el estómago de Janar, que tuvo la impresión de que reventaba por dentro bajo los efectos del terrible impacto.

Quedó tan definitivamente debilitado, que no pudo oponerse a nada.

A nada.

Ni siquiera pudo reaccionar cuando, con los ojos llenos de lágrimas, vio los del ruso verdosos, entornados, y adivinó en ellos lo que iba a suceder. Sí, lo adivinó. Pero eso fue todo. Milavitch dobló su brazo, forzó la muñeca de Janar y la punta de la navaja quedó frente a su estómago. Luego, con el suyo, empujó fuertemente hacia adelante… Entonces, Janar notó aquel frío intenso que penetraba en su cuerpo. Un frío pavoroso, doloroso, estremecedor.

Luego, ya no notó nada más. Ni jamás volvería a notar nada. Para él habían terminado todas las preocupaciones de este mundo.

Milavitch lo dejó caer al suelo y se quedó contemplando con profundo disgusto el cadáver.

—Pero que maldito desdichado… —masculló en ruso.

Capítulo II

Yedor Milavitch se volvió velozmente hacia la puerta de la cocina, donde había sonado la voz. Durante unos segundos el asombro le dejó petrificado, incrédulo. No estaba sorprendido por la presencia del nuevo personaje, porque comprendió en el acto que había entrado por la puerta de atrás, que permitía salir desde la cocina al jardincillo posterior… No. Eso no le sorprendió. Lo que le sorprendió, fue toda la arrolladora personalidad de su nuevo visitante.

Una mujer.

Una mujer completamente vestida de negro, de pies a cabeza, con una malla finísima. Tenía un maletín forrado de negro en la mano izquierda y una pequeña pistola en la mano derecha, apuntando firmemente al pecho de Milavitch; el cual, ni siquiera hizo caso de la pistola, derrotado de antemano por la mirada de aquellos bellísimos ojos de color azul cielo. La belleza de aquella mujer, con su hoyuelo en la barbilla, su boquita sonrosada, sus largos cabellos negros, sus pasmosos ojos celestiales, era tal, que el espía ruso, finalmente, abrió la boca, en un último gesto de pasmo.

—¿Qué es lo que le sorprende tanto? —sonrió la dama.

Milavitch parpadeó.

—¿Quién es usted? —pudo musitar, al fin.

—Oh, vamos, vamos, Milavitch… ¡Qué pregunta tan tonta para ser formulada por un espía de su categoría! Aunque debe admitir que yo también la he hecho algunas veces. Dígame una cosa: ¿no le parece que pudo evitar matar a su amigo Janar? Era un pobre diablo, comparándolo con usted —sonrió y aclaró—. Con nosotros, quiero decir.

Yedor Milavitch entendió perfectamente lo que implicaban las palabras de aquella mujer. Miró entonces la pistolita, parpadeó, y acabó sonriendo de un modo ciertamente simpático.

—¿CIA? —preguntó.

—En efecto —sonrió también la dama.

—Encantado. ¿Me aceptaría un trago?

—Pues… La verdad, a mí tampoco se me encoge fácilmente el estómago, ni ninguna otra cosa, pero es muy temprano para beber. Creo que, al menos, podríamos esperar a que saliese el sol. Además, no me gustaría que me invitase a jugo de frutas… Jugo americano, envasado. ¡Qué asco!, ¿verdad?

El espía soviético soltó una risita.

—Me gusta usted —aseguró muy sinceramente—. Y no voy a insistir para que beba nada. ¿Le importa que yo sí beba?

—Que aproveche. Yo también he pasado un poco de frío en la playa… Y en condiciones peores a las suyas, Milavitch, ya que yo ni siquiera sabía qué estábamos esperando. Lo sé ahora, claro; un pesquero… fantasma. Divertido.

—¿Me ha estado vigilando en la playa?

—Desde hace dos noches.

—¿Y ha oído todo lo que hemos hablado Janar y yo?

—Palabra por palabra. Yo había entrado por la puerta de la cocina y me disponía a sorprenderle cuando llamaron a la puerta. Me dije que no perdía nada esperando, y… esperé. Ha valido la pena, tanto por el espectáculo como por la conversación. Aunque quizá debería aclararme algunas cosas al respecto, Milavitch.

—Me pondré más vodka, si no tiene inconveniente.

—Ninguno. Es su estómago, no el mío.

El ruso fue hacia el mueble-bar, tras recuperar su vaso de sobre la mesita. Quedó de espaldas a la dama de negro, tomó la botella y comenzó a verter un fino chorrito de licor… mientras pensaba cosas que podían solucionar su situación. Estar atrapado por la CIA no le hacía la menor gracia, indudablemente. De modo que podía solucionar la situación del siguiente modo: cuando terminase de servirse el vodka, no dejaría la botella en el mueble-bar, sino que se volvería rápidamente, tiraría la botella contra la mujer, ésta saltaría a un lado, sobresaltada, perdiendo por un instante la compostura; y ese pequeño instante era suficiente para que él pudiera sacar su pistola y entonces…

—Yo no lo haría —oyó la voz de la dama tras él—. Pequeños trucos desesperados como ese han sido ya superados por mí,

Milavitch. Es mejor que conversemos amistosamente.

El ruso apenas pudo contener un estremecimiento. Volvió la cabeza solamente y musitó:

—¿De qué está hablando?

—De sus ideas «geniales»… y de su pistola. Soy un poco pitonisa y, a veces, adivino el pensamiento de la gente. Hágame caso, colega: saque su pistola ahora, siempre de espaldas a mí, y tírela por encima de su hombro hacia mí sin volverse. Todo irá mejor así… para usted, claro. No se preocupe por su entrada clandestina en Estados Unidos: si llegamos a un acuerdo personal, le ayudaré a salir del país… Palabra de reina.

—De reina… ¿de qué? —sonrió el ruso.

—Del espionaje, naturalmente. Aunque no acostumbro a lucir mi corona, soy una reina en estas… simpáticas actividades.

Yedor Milavitch se pasó la lengua por los labios, de pronto verdaderamente secos.

—¿Baby? —susurró.

La dama hizo una graciosa reverencia, sonriendo.

—Le daría a besar mi mano, Yedor, pero creo que no es oportuno, por el momento.

—Fantástico —casi jadeó el ruso—. ¡Fantástico! ¡Tenía unos deseos enormes de conocerla!

—Pero quizá en otras circunstancias, ¿verdad?

—Quizá —sonrió crispadamente Milavitch.

Dejó la botella en el mueble-bar, sacó su pistola, la tiró por encima del hombro y se volvió con el vaso en la mano derecha. Para entonces, su pistola estaba ya en poder de la dama vestida de negro, que se sentó en un silloncito suspirando su cansancio.

—Es muy fatigoso y aburrido a veces ser espía, ¿no está de acuerdo, Yedor?

—Por completo. Pero siempre hay algunas compensaciones.

—Es cierto… Bien, podemos empezar a hablar… ¡Oh!, pero siéntese, hombre, siéntese; tiene mi real permiso.

Milavitch se sentó, se quedó mirando a la dama y de pronto su ceño se frunció.

—Bien… ¿Cuál fue mi fallo?

—¿Respecto a qué?

—A mi entrada en Estados Unidos. ¿Cómo me… detectaron?

—¡Oh!, eso se hizo ya a su paso por las Bahamas. La noticia llegó inmediatamente a la Central de la CIA: «Yedor Milavitch Orlov, uno de los grandes agentes de la MVD, acaba de salir en lancha hacia el continente. Probable lugar de desembarco clandestino, Miami, o costas cercanas. Viaja solo, no ha tenido contacto con Nassau. Ignoramos intenciones. Dada su categoría, le consideramos digno de un gran recibimiento». Pero afortunadamente para usted, Yedor, yo estaba en la Central cuando llegó este mensaje a poder de mi jefe.

—¿Y qué hacía usted en la Central de la CIA? —sonrió el ruso.

—Visita de cortesía Amistad personal con mi jefe. Es una excelente persona… aunque estuvo a punto de ordenar que le recibieran a usted de un modo… desconsiderado.

—Entiendo. Y usted sugirió que sería mejor dejarme volar un poco, a ver qué pasaba. Siempre bajo su vigilancia, claro.

—Siempre bajo mi vigilancia —asintió la hermosísima dama—. Hacía algunas semanas que estaba inactiva, y me dije que tenía que aprovechar la ocasión: no ocurre a menudo esto de entrar en contacto con espías de su categoría.

—Le estoy muy agradecido por todo —volvió a sonreír él—. Y tendré muy en cuenta su actitud si alguna vez me entero de que agente Baby ha entrado clandestinamente en Rusia. Amor con amor se paga. Aunque, claro —sonrió ahora secamente—, existe una… pequeña probabilidad de que yo jamás regrese a Rusia, ¿verdad?

—Depende de usted.

—¡Oh!, vamos, Baby… Usted jamás me dejaría marchar. Quizá en lo personal no tuviera inconveniente, pero no podría explicar a su jefe que me había dejado marchar. Sería absurdo. No tiene por qué darme esperanzas…

—Camarada Yedor, yo quiero de usted tres cosas: proporciónemelas y usted volverá a Rusia.

Milavitch entornó los ojos y permaneció silencioso durante unos segundos. Por fin, murmuró:

—¿Qué tres cosas quiere de mí?

—Una: las fotografías que lleva en el bolsillo. Dos: que me explique qué significa todo eso del pesquero fantasma y del yate llamado «Flow». Tres: que me explique claramente qué hace usted en Estados Unidos.

—Dicho así, parece que usted pide poco.

—Todo es poco, si el precio es la libertad… o la vida. ¿No está de acuerdo?

—En todo. Todavía estoy maravillado del modo en que habla usted el ruso… Me recuerda a una chica de Georgia que conocí en la Universidad de Moscú. La felicito. Bien… ¿Por dónde empezamos la… conversación?

—Mmmm… Veamos qué puede explicarme sobre ese pesquero fantasma. Estoy intrigadísima… ¿Era eso lo que usted ha estado esperando dos noches en la playa cerca de aquí?

—Sí. Es un pesquero… fantasma, esa es la palabra. Aparece y desaparece con una facilidad extraordinaria, hasta que, por fin, se deja ver bien. En realidad es una ingeniosa trampa que… ¿Por qué me mira así? ¿Qué le ocurre?

—Cállese —dijo secamente Baby—. Ni una palabra más, Yedor.

El ruso frunció el ceño, desconcertado, pero permaneció silencioso. Miró hacia la misma ventana hacia la cual miraba Baby, pero no vio nada allí, a excepción de la negrura de la noche, que hacía parecer oscuros los visillos. Cuando volvió a mirar a la espía, ésta se había puesto en pie, y Milavitch tuvo la impresión de que las lindas orejitas femeninas se estiraban, cobraban vida propia. Ella le miró entonces y el ruso captó su gesto frío, adusto.

—¿Qué pasa? —susurró.

Ella pasó a su espalda, sin contestar. Yedor quiso volver la cabeza, pero sólo lo consiguió a medias, porque el tremendo golpe con la pistolita en un lado de la cabeza lo tiró hacia el otro lado del sillón. Sus manos se crisparon en los brazos del asiento y pareció que fuese a ponerse en pie. Baby volvió a golpearle en la cabeza y esta vez resultó mucho más contundente: Milavitch quedó sentado, desvanecido, con la cabeza colgando hacia un lado, sangrando.

Rápidamente, con movimientos exquisitos, Baby le quitó el sobre que contenía las fotografías, lo metió dentro del maletín, cerró éste, y quedó de nuevo en actitud de escucha atentísima… Sí. Sus finísimos oídos no la habían engañado. Una vez más, quizá habían salvado su vida. Miró al ruso sin rencor, pero fruncido el ceño. Al fin y al cabo, Milavitch había hecho lo mismo que ella habría hecho de estar en su lugar: entretenerla, esperando la llegado de un amigo… o varios. Sólo que el ruso no había contado

con que la más audaz espía del mundo tuviera un oído superdotado.

Oyó de nuevo aquellos pasos, lentos, pesados, acercándose a la casa. Era extraordinario… O su oído se había desarrollado todavía más, o quien llegaba debía pesar quizá quinientas libras y no tenía la menor idea de cómo silenciar sus pisadas…

Las oyó en el porche del chalet, y entonces se apresuró a desaparecer en la cocina. Se quedó allí, en la sombra, pistola en mano, esperando. Si habían querido sorprenderla, se llevarían ellos la sorpresa…

Pues no.

Quien se llevó la sorpresa fue ella, sin lugar a dudas. Una sorpresa muy grande.

Atisbando por un lado de la puerta de la cocina, vio cómo, de pronto, de la cerradura de la puerta del chalet brotaba un humo espeso, blanquecino, al mismo tiempo que, por la ventana, se veía algo que parecía un relámpago en el cielo, llenando de luz lechosa todo el recuadro. Aún estaba atónita Baby cuando, de pronto, la puerta fue empujada violentamente hacia dentro, dejando el paso libre al personaje… o lo que fuese «aquello».

«Aquello» era, simplemente, una caja metálica del tamaño del torso de un hombre, con botones, luces, orificios, ranuras… Un extraño aparato que se desplazaba sobre dos barras metálicas articuladas como rodillas humanas y en cuyos extremos había lo que podía llamarse «pies», grandes, anchos, pesados. Por eso lo había oído tan claramente…

Plom. Plom. Plom, Plom. Plom…

Paso a paso, resonando aquellos «pies» en el piso, aquel artefacto se acercó a donde yacía el desvanecido y ensangrentado Yedor Milavitch y quedó inmóvil ante él. De pronto, de uno de los orificios brotó una descarga eléctrica, lívida, ligeramente azulada, trazando una contorsionada línea brillante en el aire, igual que un rayo. La punta de aquella descarga llegó al cuerpo del espía ruso, quien, al instante, quedo convertido en cenizas.

Plom. Plom. Plom. Plom…

El artefacto se estaba moviendo ahora hacia donde yacía el cadáver de Janar. También se detuvo ante él, y Brigitte, con los ojos llenos de lágrimas producidas por el acre olor a carne quemada, tuvo que sentarse en el suelo de la cocina, haciendo esfuerzos para

no toser, por contener sus náuseas… por no desmayarse de repugnancia. Afuera vio de nuevo aquel breve relámpago azulado y apretó aún más los deditos en sus fosas nasales, y la palma de su mano en la boca… El hedor a carne electrocutada era tal que su estómago pareció volverse del revés. A la desesperada, se arrastró apoyándose con una sola mano en el suelo, hacia la puerta de la cocina; tiró de ella, salió al jardincillo y se dejó caer, cara al cielo, tomando aire ávidamente… El hedor llegó hasta ella y casi gritó de espanto antes de volver a taparse la boca y la nariz.

Plom. Plom. Plom. Plom…

Las pisadas se estaban alejando de su alcance auditivo… Se puso en pie, tambaleándose, y rodeó la casita. Cuando se asomó cautelosamente por una esquina de la fachada, vio «aquella cosa», caminando, alejándose por el camino de tierra. Alzó la pistolita, apuntó a la «espalda» de lo que fuese aquello… y bajó la mano de pronto. Sabía que era inútil. Una de sus balitas no le haría nada a aquel artefacto. Pero algo tenía que hacer… Algo que no fuese detener al artefacto, ya que poca cosa habría ganado con ello. Lo que interesaba era saber de dónde llegaba, quién lo manejaba, a dónde se dirigía ahora con su lento y sonoro caminar…

Apenas pudo contener una exclamación cuando, de pronto, en el extremo del camino que llevaba a la avenida, apareció un gran auto negro, con todas las luces apagadas. Solamente pudo distinguir confusamente su sombra, su silueta, a la luz de las estrellas que comenzaban a difuminarse con la llegada del día.

Dos hombres se apearon rápidamente del coche, fueron hacia el artefacto, le doblaron las «piernas», y lo metieron dentro del coche, en la parte de atrás… sin saber que podían haber muerto allí mismo, que durante aquellos pocos segundos, una espía de puntería infalible había estado a punto de disparar contra ellos. Pero la idea de Baby parecía mejor. Mucho mejor. Esperó a que el coche se alejase y corrió hacia el de Yedor Milavitch dispuesta a seguir al otro vehículo, ya que no habría podido hacerlo con su bicicleta. Se metió dentro del coche, llevó su manita al contacto… y lanzó una exclamación de disgusto al no encontrar las llaves puestas en la ignición. Salió a toda prisa del coche y corrió hacia la casa, dispuesta a quitarle las llaves del bolsillo al espía ruso…

Pero, apenas hubo atravesado el umbral parcialmente quemado,

se detuvo en seco, y su manita volvió a tapar la nariz y la boca, herméticamente.

Más no fue el hedor a carne muerta y quemada lo que la contuvo. Realmente, era inútil buscar aunque fuese un objeto metálico en aquel montón de cenizas, que era todo lo que quedaba de Yedor Milavitch Orlov, uno de los mejores espías con que había contado la MVD rusa.

Duerme, espía, duerme… Sólo despertarás para ser juzgado.

* * *

Mientras tanto, dentro del coche, los dos hombres, uno a cada lado del artefacto, habían corrido las cortinillas laterales y uno de ellos estaba hablando con aquella cosa:

—¿Todo ha ido bien, Zom?

—Todo perfecto —contestó con voz metálica el artefacto—. Los dos están muertos. Janar lo estaba ya… Parece que hubo una pelea entre ellos, porque no vi a nadie más en la casa. Discutirían por el dinero que el traidor Janar debía cobrar. Espero que esto os sirva de lección a vosotros.

Los dos hombres del asiento de atrás y el que iba al volante, palidecieron brusca, intensamente.

—Nosotros no hemos pensado en…

—Mejor que sea así. Os estoy proporcionando una buena vida, no os falta nada, pronto seréis millonarios cuando haga las partes y cuando cobremos lo del próximo asunto con los norteamericanos… Seguid fieles y todo irá bien. Divertiros, como hasta ahora. Todo tiene que seguir igual… ¿Qué son las chicas que habéis encontrado por estos lugares?

Los tres hombres intentaron sonreír, pero sólo consiguieron una crispada mueca.

—Son muy hermosas, Zom… Lo pasamos bien. Nadie sospecha de nosotros, ni del yate… Para todos, somos lo que parecemos: unos millonarios que se divierten todo lo que pueden, dando la vuelta al mundo…

—Así ha de ser. Tened cuidado con el nombre del yate. Aseguraos bien de que no se note que ha sido cambiado.

—Lo hemos hecho bien, Zom, te lo aseguro. El nuevo nombre es

«Sea Captain», tiene las letras bien grandes y oculta las marcas que dejaron las letras de «Flow». Muerto Janar, todo seguirá como antes. Puedes proceder tranquilamente.

—De acuerdo. Seguid divirtiéndoos hasta que os avise. Ahora, desmontadme y llevadme a mi camarote en cuanto lleguemos al yate.

—Sí, Zom.

Todas las luces del artefacto se apagaron, quedó como un extraño juguete, inerte, brillante incomprensible. Apenas dejó de oírse su voz metálica, los dos hombres le quitaron las «piernas», que doblaron cuidadosamente y metieron dentro de una maleta. Luego, lo que podía definirse como tórax, fue desmontado en tres piezas y guardado aún más cuidadosamente en otra maleta algo más grande. Cuando Zom estuvo desmontado y metido en las dos maletas, los dos hombres se quitaron el sudor de la frente y se miraron aún tensos, crispados, angustiados.

—Demonios —jadeó uno de ellos—. No quisiera despertar la ira de Zom, Gowan.

—Ni yo, Wedson. Ni Forell —señaló al conductor—. Creo que hace falta ser un loco como Janar para hacer semejante cosa, por mucho dinero que nos ofrezcan.

—Yo creo que no lo hizo por dinero —se estremeció Forell, al volante—. Estaba muy asustado desde lo de los rusos y supongo que quería salir de todo esto. Y como para eso necesitaba dinero, buscó a un espía ruso, le dijo que podía solucionar lo del pesquero, le enviaron a un espía importante…

—Pues los dos han dejado de ser importantes ahora —musitó Wedson—. Ahí está el yate. Vamos a llevar a Zom a su camarote y que descanse… Las chicas vendrán temprano hoy, ¿no es así?

—Sí. Quieren ir a alguna islita a pasar el día allí. Tú me comprendes, ¿eh? Espero que lo pasemos divinamente.

—Fiuuu —silbó Gowan—. Me alegró que llegue el día, os lo juro. Al menos, con esas alegres chicas, uno se olvida de ciertas cosas. Luego da pena dejarlas y partir.

—¡Bah! Hay chicas en todas partes, hombre. Por unos cuantos dólares, o unos paseos y fiestas en el yate, tienes todas cuantos puedas desear… Todas son iguales. Se divierten, les haces luego un regalito y… ¡adiós! Todavía no he conocido ninguna mujer en este

cochino mundo que tenga nada especial ni que merezca un trato diferente… Todas, todas, todas, son iguales.

Capítulo III

—No creo que haya en el mundo otra mujer como usted —masculló míster Cavanagh, jefe directo de los agentes de acción de la CIA—. Y no sólo por su belleza, Baby, sino por su… temperamento.

Brigitte Montfort, alias Baby, miró amablemente a su jefe por encima de una tostada con mantequilla y mermelada. Estaba en deshabillé, ambos en la terraza de la *suite* que la espía ocupaba en el lujoso «Great Pompano Hotel», de Pompano Beach.

—¿Qué pasa con mi temperamento? —Pareció sorprenderse.

—Es de hielo, querida. Me ha contado todo lo que ha ocurrido como si fuese un hecho corriente y sin importancia, mientras se dedica a desayunar… Yo aún tendría el olor de carne quemada pegado a las narices, y usted, bella como una flor después de haber dormido tres horas en dos noches, sonríe, está preciosa, desayuna mermelada y hasta es capaz de gozar de los rayos del sol…

—Primer error, querido míster Cavanagh.

—¿Un error? ¿Yo? ¿Qué error?

—Pues si dice que soy de hielo, no puedo estar tomando el sol… Me derretiría. ¿Y… usted cree que me estoy derritiendo?

Cavanagh refunfuñó algo por lo bajo.

—Está bien —dijo al fin de modo inteligible—. Yo llegué anoche a ver cómo iba el asunto de Yedor Milavitch, la he estado esperando hasta que usted ha querido y me ha contado… todo eso. ¿Qué sigue ahora?

—Usted es quien toma las decisiones, quien manda… ¿O no? ¿De verdad no quiere desayunar nada?

—No. Le estaba diciendo…

¡Qué hermoso se ve el mar desde aquí! ¿No es maravilloso? Vea… Tan azul, sereno, con las palmeras en la orilla… A decir verdad, me llamó tanto el hecho de tener que vigilar a un espía de

la categoría de Milavitch, como la oportunidad de venir a Miami… o muy cerca. Si no me pareciese conveniente descansar para esta noche, iría ahora mismo a nadar y a esquiar un poco. En una ocasión…

—Brigitte —gruñó Cavanagh—, estábamos hablando de cosas serias. Habría que tomar decisiones respecto a… ¡Oh!, vamos… Ya están tomadas, ¿no es así?

—¿Por quién?

—Por usted, querido. Apuesto a que ordenará a unos cuantos muchachos que me busquen el yate «Flow» durante el día, mientras yo descanso, y que vigilen a las personas que lo ocupen.

—Bueno, pues…

—También estoy segura de que, por si acaso, pondrá a uno de mis queridos Simones vigilando la playa, por si apareciese de día el… pesquero fantasma.

—Yo…

—Y, naturalmente, ya habrá usted pensado en encargar que tengan dispuesta una lanchita diminuta y veloz que mantendremos camuflada en la playa en cuestión, por si apareciese el pesquero esta noche poder yo llegar con facilidad hasta él. Lo que lamento es no haber podido tomar la matrícula del auto que se llevó el artefacto. Pero, vamos, con los datos que le he proporcionado, apuesto a que usted ya había pensado en preparar todo lo que le he dicho. ¿A que sí, querido?

Se quedó mirándole ingenuamente y Cavanagh acabó por sonreír a toda dentadura.

—Es usted adorable —aseguró—. Por supuesto que me ocuparé de todo eso. Ya nos veremos.

Tomó una manita de Brigitte, la besó, y casi se echó a reír cuando la espía comentó:

—Creí que se iba a comer mi mano, en lugar de tostadas con mermelada. ¡Oh!, una cosa: ¿avisó a tío Charlie de que tardaré más de lo previsto en regresar a Nueva York?

—Desde luego.

—¿Qué dijo él?

—Tan sólo que se iba a ahorrar unas cuantas docenas de rosas rojas.

—Vaya… No es muy amable, ¿verdad?

—No. No lo es. Pero, como cualquiera de nosotros, se dejaría hacer pedazos por usted.

—¡Oh! ¿Cómo me las habré arreglado para conseguir que todos me amen tanto?

Cavanagh se hecho a reír declaradamente, al fin, y se alejó saludando con una mano y cojeando ligeramente. Por su parte, la señorita Montfort terminó su desayuno, se fumó un cigarrillo mirando al mar y luego bostezó deliciosamente.

—Hasta luego, mar —sonrió.

Entró en la *suite* se quitó la deshabillé, de modo que quedó en dos diminutas piezas íntimas y se tendió en la cama. Un segundo después, dormía tan profundamente como una niña sin preocupaciones… Sólo que, para despertarla, habría bastado el más ligero rumor que no estuviese clasificado en su mente como inofensivo.

* * *

Afortunadamente, tal clase de rumor no se produjo, y la señorita Montfort descansó magníficamente durante todo el día. Al anochecer llegó en la bicicleta al punto donde, durante dos noches, había estado vigilando a Yedor Milavitch… que en paz descanse. Libre ya de la obligación de vigilar día y noche al ruso, las cosas se presentaban más descansadas… aunque, si cabe, más intrigantes.

Apenas saltó de la bicicleta, vio a los dos hombres que se acercaban a ella, procedentes de la playa. Pero uno de ellos cojeaba, de modo que Baby abandonó inmediatamente la idea de sacar su pistolita.

—¿Ha dormido bien? —preguntó Cavanagh.

—Magníficamente; gracias. Hola, Simón, ¿qué tal?

—Bien —sonrió el Simón de turno—. Estábamos hablando de que sería mejor que me quedase aquí esta noche, mientras usted continuaba descansando…

—Usted me odia, Simón —gimió Brigitte.

—¿Yo? —Respingó el joven espía—. ¡Desde luego que no! ¡Le aseguro…!

—Me odia, me odia —interrumpió Brigitte—. De otro modo no querría que yo descansara tanto y que, como consecuencia,

engordara… ¿Es eso lo que quiere? ¿Qué me convierta en una espía gorda?

¡No! —rió Simón—. ¡Por Dios, no!

—Menos mal —suspiró ella—. ¿Sabe, míster Cavanagh?, llevo algún tiempo pensando que se podía organizar un concurso de belleza para espías y nombrar una *Miss* Espía Mundial —agitó sus largos cabellos en un gesto de deliciosa coquetería—. ¿Quién cree usted que sería nombrada *Miss* Espía Mundial?

Simón volvió a reír, gozándolo en grande, mientras Cavanagh, más sobrio, se limitaba a sonreír.

—Pues no sé —replicó—. Pero puedo enviar un mensaje en clave internacional a todos los servicios de espionaje…

¡No aceptarían! —exclamó Simón, pegándose un puñetazo en la palma de la otra mano—. ¡Todos saben que ganaría la CIA, con su representante llamada Baby…! ¡Mi madre, qué bien lo estoy pasando! Oiga, Baby, ¿no podría quedarme con usted? ¡Yo también sé algunos chistes muy buenos…!

—Vaya a descansar, Simón —sonrió la espía—. Bien, querido, ¿qué noticias tiene para mí?

—Estuvimos en el chalet —murmuró Cavanagh—. Recogimos lo que quedaba de los dos cadáveres y tenemos las cenizas en unos jarrones que tomamos allí mismo…

—¿Han juntado las cenizas de los dos? —Pareció horrorizarse Brigitte.

—No, no…

—Gracias a Dios… No se lo habría perdonado. El tal Janar era escoria pura, mientras que Milavitch era un espía; eso marca una grandísima diferencia. ¿Se encargará de enviar las cenizas del pobre Yedor a Rusia?

—¿Está bromeando? —Respingó Cavanagh.

—No.

—Bien… De acuerdo, de acuerdo… Enviaremos esas cenizas a la MVD, indirectamente, por supuesto. Encontramos también el dinero que habían puesto a disposición de Milavitch: quinientos mil dólares… Les buscaré un destino razonable. Hablemos ahora de ese yate llamado «Flow»: ni rastro de él.

—Tiene que estar en alguno de los embarcaderos de Pompano.

—Lo han estado buscando unos doce hombres del Grupo Miami.

Y no sólo en Pompano, sino en otros embarcaderos, incluida la propia Miami. No está.

—Que sigan buscando. Buenas noches, queridos. Será mejor que se vaya, señor, no vaya a resfriarse con el frío del mar. Ciao, Simón.

—Ciao —sonrió el espía.

Los dos vieron alejarse a Baby hacia el escondrijo de la playa, pero Simón salió tras ella a toda prisa y la acompañó hasta donde habían dejado camuflada la pequeña lancha.

—Hay café en un termo y bocadillos —explicó el espía, vaciló un poco—. Si ocurriese algo, Baby, no dude en llamar por la radio, y yo…

—Lo entiendo, Simón. Gracias… por el café.

El espía se alejó, sonriendo. Se reunió con Cavanagh que permanecía pensativo, un tanto sombrío.

—¿Nos vamos, señor? —musitó.

—Desde luego.

—Yo podría quedarme, por si…

—Ella sabe cuidarse sola, muchacho; descansemos tranquilos.

Se fueron hacia el coche, volviendo un par de veces la cabeza; pero sin poder ver a Baby, que se había sentado al pie de una palmera, había abierto su maletín y estaba ya apercibiendo los prismáticos. Ante ella, el negro mar, produciendo su eterno rumor de oleaje. Solamente eso.

* * *

Solamente eso… hasta las dos de la madrugada. A esa hora, de pronto, una sombra más clara apareció sobre las aguas, quedando enfocada de lleno en los prismáticos de la espía, que respingó y se puso en pie de un salto. Estuvo unos segundos contemplando aquella sombra alargada, que se desplazaba lentamente sobre las aguas…

—El pesquero —musitó—. ¡Ahí lo tengo!

Estuvo todavía contemplándolo durante unos segundos. No era muy grande, y más bien parecía viejo, descuidado No llevaba ni una sola de las luces reglamentarias de navegación nocturna. Por su aspecto, por su brusca aparición; bien merecía el nombre de «pesquero fantasma». Sólo que la agente Baby jamás había creído en

fantasmas.

Guardó rápidamente los prismáticos en el maletín, recogió éste y echó a correr por la playa hacia donde había quedado la pequeña lancha oculta bajo una lona. Apartó ésta, la tiro a popa y saltó a la lancha poniéndola en marcha inmediatamente. De acuerdo a lo convenido con míster Cavanagh, debía limitarse a seguir al pesquero para averiguar de dónde procedía, quién desembarcaba de él, qué hacían… Pero recordaba muy bien, al mismo tiempo, las palabras de Yedor Milavitch: «aparece y desaparece con facilidad extraordinaria, hasta que, por fin, se deja ver bien. En realidad es una ingeniosa trampa…». ¿Qué clase de trampa? ¿Quién había en el pesquero? ¿Qué pretendía? ¿Qué tenía que ver con Rusia o con el espionaje soviético?…

De pronto, el pesquero viró, enfilando la proa mar adentro, y aumentó la velocidad. Apenas lo distinguía ya, por su afán de querer conservar la distancia y en unos segundos, al haberla pillado desprevenida, la dejó atrás.

Baby dio más velocidad a la lanchita, lanzándola hacia el último punto donde había visto al pesquero. Cuando llegó allí, no vio nada… Solamente agua y, encima de ella, el brillo de las estrellas que era toda su escasa iluminación. Tan escasa, que quizá el pesquero estaba a pocas yardas de ella, confundido con los juegos de sombras del mar… Aumentó la velocidad, describiendo un amplio semicírculo, tratando de localizar nuevamente al pesquero que ciertamente no podía estar muy lejos. Brigitte sabía que su lanchita era mucho más veloz. Por lo tanto, sólo tenía que dar otra vuelta a la máxima velocidad y lo vería de nuevo, estuviese donde estuviese.

Dio otra vuelta, pues. Y otra. Y otra.

—No es posible… ¡Tiene que estar aquí, no ha podido navegar a más velocidad que esta lancha!

Irritada, encendió el pequeño foco de la lancha y lo fue moviendo, enviando el brillante haz de luz a todas partes, describiendo un círculo completo…

* * *

Míster Cavanagh se sentó bruscamente en la cama de su dormitorio

en el *bungalow* que había alquilado. Inmediatamente, entornando los ojos para protegerlos de la luz recién encendida, metió una mano bajo la almohada, sacó la pistola…

—Sus reflejos son lentos, señor; si yo hubiera venido a matarle… pues ya estaría muerto. Mil veces muerto.

—Baby —Cavanagh acabó de abrir los ojos y se quedó mirando a la escultura cubierta con malla negra que se había sentado en un lado de su cama—. ¿Qué hace aquí? ¿Qué ha pasado?

—He visto el pesquero fantasma.

Cavanagh lanzó una exclamación. Se sentó con rápido gesto en el otro lado de la cama y tomó uno de sus zapatos.

¡Bien! —exclamaba mientras tanto—. ¡Iremos al lugar donde ese pesquero…!

—Desapareció.

Cavanagh se volvió, con el zapato en la mano.

—¿Cómo?

Brigitte se quedó mirándole con simpatía. Desgreñado, con las huellas del profundo sueño en su rostro. Visibles las abundantes canas, a sus casi cincuenta años, el hombre que ella había conocido como un Simón todavía eficaz, hacia años, en Buenos Aires, era ahora solamente un poderoso cerebro… pero había dejado de ser una máquina eficaz para, matar… y sobrevivir.

—Desapareció.

—Explique eso con toda claridad.

—Muy bien. Apareció a las dos de la madrugada, esto es, hace unos cuarenta minutos; se dejó ver unos segundos, viró, fue mar adentro… y desapareció. Estuve buscándolo, incluso encendí el foco de la lancha… Pero ya no estaba allí.

¡Imposible!

—No olvide, querido, que se trata de un pesquero fantasma.

Cavanagh se quedó mirando la divertida, casi diabólicamente irónica sonrisa de la espía. De pronto, tiró su zapato contra el suelo y volvió a tenderse en la cama.

—Está bien. Si desapareció, todo está dicho. Seguiré durmiendo.

—Esa es la actitud correcta. Y me parece que yo voy a hacer lo mismo; es decir, me iré al hotel y me dedicaré a engordar. Mañana… será otra noche. Y estaré más preparada.

—¿Cree que volverá a aparecer ese maldito pesquero?

—Si no lo hiciese, querido, nada tendría sentido… ¿No me pregunta cómo he entrado?

Cavanagh soltó un bufido; se dio la vuelta y masculló:

—Hasta mañana.

—Estaré todo el día en el hotel… En la piscina, concretamente. Si ocurre algo nuevo, llámeme, o envíe a alguien a buscarme. Que descanse, amado jefe. Yo estaré tomando el sol, cosa que me encanta…

Capítulo IV

La piscina relucía al sol, rodeada de palmeras, en el gran jardín del «Great Pompano Hotel». Había parasoles de colores, grato ambiente, alegría… Lo de grato ambiente y alegría se notaba especialmente cerca de una esquina de la piscina, donde, sentada ante una mesita, a pleno sol, desdeñando la alegre sombrilla de colores, cierta señorita se había convertido en el centro vital del grupo de muchachos. Una señorita de ojos azules, cabellos negros, boquita sonrosada… y que llevaba un bikini rojo… con florecillas azules.

Sí. La mañana prometía ser gratísima.

—¡Vaya…! —exclamó uno de los apuestos jóvenes que rodeaban a la chica del bikini—. ¡Ha vuelto a acertar! ¡Es cierto que soy médico… y de los más nuevos! —Hubo algunas risas—. ¿Cómo ha podido saberlo?

—Soy un poco pitonisa —rió la hermosísima joven.

—¿Y a qué me dedico yo? —preguntó otro admirador.

—¿Y yo?

—¿Y yo?

Todos querían ser los elegidos. Se estaban divirtiendo de verdad, precisamente con la más bella muchacha que jamás habían visto, y que, maravilla de maravillas, resultaba ser la más simpática y cordial. Varias manos se tendían hacia la espía más bella del mundo, que tomó una de ellas, la miró sonriendo… y su sonrisa desapareció. Alzó la mirada y se quedó contemplando el rostro de aquel hombre todavía joven, pero decididamente enérgico, bronceado, recio.

—Me ha tocado a mí —sonrió él—. ¿A qué me dedico yo?

—A los negocios.

—Cierto… ¿Qué clase de negocios?

—¡Oh!, bueno… Digamos que es demasiado listo para dedicarse

a una sola cosa —hubo más risas—. Digamos que es capaz de ver un negocio allá donde lo haya, y que está siempre preparado para aprovecharlo.

—Así es —parpadeó el hombre—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por su mirada. Y no es broma… Es usted un hombre decidido. Tan decidido que incluso ha estado en la guerra… Probablemente, en el Vietnam, a juzgar por su edad. Unos… treinta y dos. ¿Sí?

—Exactamente treinta y dos —parpadeó de nuevo el hombre—. Y he combatido en Vietnam, en efecto. ¿Cómo lo adivinó?

—Por la herida que tiene en el costado —rió la espía.

—Pudo haber sido una herida recibida en cualquier sitio… no en la guerra.

—Lo dudo. Es una herida de metralla. Y, generalmente, estas heridas se reciben en la guerra, me parece —hubo un murmullo de aprobación a su alrededor—. Pero aún hay más.

—¿Más? ¿Qué más cosas adivina de mí?

—Usted es un karateka… Quiero decir que practica el karate. Y también practica el judo.

—¿Cómo sabe eso? —exclamó el hombre.

—Por la dureza de sus manos, especialmente en los nudillos y en el pulpejo. En cuanto al judo, se nota por la ligera desviación de los dedos anular y meñique de ambas manos… Esto sólo ocurre cuando se ha practicado mucho judo, de tanto asir los kimonos del adversario para derribarlo… ¿He fallado en algo?

—Pues no… ¡Es formidable!

—¡Que nos diga a qué se dedica ella! —exclamó alguien.

—¡No! ¡Será mejor que lo adivinemos nosotros!

La idea tuvo gran aceptación entre los admiradores de la señorita Montfort… la cual, mientras tanto, estaba mirando al hombre vestido de calle que rondaba por allí mirándola de soslayo, como indeciso. Finalmente, le vio dirigirse hacia uno de los camareros…

—¡Diosa del Olimpo! —exclamaba alguien.

—¡Bailarina celestial!

—¡Modelo de belleza universal!

—¡Actriz de cine!

—¡Representante de los ángeles femeninos!

Todos gritaban lo que opinaban de la señorita Montfort, pero

ésta, que veía al camarero acercándose, alzó las manitas, sonrió y dijo:

—Muchachos, todos ustedes se están equivocando; no soy nada de eso. Ni lo adivinarían nunca.

—Pues dígalo… ¡Que lo diga!

La petición fue apoyada por todos. El camarero estaba muy cerca ya y la miraba a ella.

—Pues bien; soy espía.

Hubo un instante de desconcierto. Luego, todos soltaron la carcajada y comenzaron a celebrar con alegres comentarios la broma de la dulcísima señorita Montfort… hacia la cual se inclinaba en aquel momento el camarero.

—Señorita Montfort, hay un caballero que desea hablar con usted.

—¿Le ha dicho su nombre?

—Sí, señorita; Simón.

Brigitte dirigió una velocísima mirada hacia el hombre que había estado rondando cerca de ella.

—Dígale que me espere en el vestíbulo de los ascensores de la playa.

—Muy bien, señorita.

El camarero se alejó, y Brigitte se puso en pie. Cuando dijo que tenía que marcharse, hubo un murmullo de decepción… y cuando, efectivamente, se marchó, el jardín del hotel pareció sumirse, bruscamente, en un aburridísimo letargo.

Mientras tanto, Brigitte llegaba al vestíbulo de ascensores interiores del hotel y se acercaba al hombre que la esperaba.

—¿Sí? —musitó.

—Tengo afuera un coche, Baby. El jefe quiere que vaya usted inmediatamente a verle. La está esperando en su *bungalow*.

—¿Qué ha ocurrido?

El hombre de la CIA apretó los labios y en su rostro apareció un gesto sombrío.

—Ya lo verá usted. Yo sólo tengo que llevarla allá… y cuidar de que nada le ocurra.

—¿A mí?

—Sí…

—Bien… Si no fuese por su expresión, esto me resultaría

divertido. Subo a vestirme. Espéreme dentro de cinco minutos junto al coche.

—Sería mejor que la acompañara…

—No sea niño, Simón. Nada va a ocurrirme aquí dentro.

Y, efectivamente, nada le ocurrió. Cinco minutos después, junto al sombrío agente de la CIA, que conducía el coche, la agente Baby acudía a la llamada de su jefe.

* * *

Alzó la punta de la sábana y respingó al ver el cadáver del hombre. Estaba hinchado y había adquirido un color amoratado, casi negro. Era horrible verlo así… En vida, había sido un joven fuerte, atlético, de largos cabellos rubios y ondulados…

Baby bajó la sábana. Se puso en pie y miró primero al agente de la CIA que la había llevado allí; luego, a los cuatro que, formando un sombrío grupo en un rincón, la contemplaban críticamente.

Por fin, miró a Cavanagh que, muy cerca de ella, permanecía silencioso todavía. Aún no había pronunciado una sola palabra desde que ella había llegado. Simplemente, la había conducido junto al cadáver tapado con una sábana, aún húmedo, patético.

—¿Quién es? —preguntó Brigitte, con voz tensa.

—Usted lo ha adivinado —musitó Cavanagh.

—¿Es… un Simón?

—Sí.

El delicioso color dorado desapareció del rostro de Brigitte Montfort, que adquirió un tono pálido. Por sus ojos pasó un destello que parecía de fuego.

—¿Quién lo ha matado?

—Se ahogó.

—¡Se ahogó! ¿Va a decirme que no sabía nadar?

—Claro que sabía nadar. Pero ha muerto ahogado.

—No obstante, tiene un golpe en la cabeza —deslizó la espía—. Le golpearon, le tiraron al mar desvanecido y lo retuvieron bajo el agua hasta que se ahogó. ¿Dónde lo han encontrado?

—En un embarcadero. Estaba debajo, flotando —intervino uno de los agentes del grupo de cuatro—. Le vi por verdadera casualidad. Le recogí en la lancha, llamé al jefe y él me dijo que le

trajera aquí.

—¿Todo discreto, entonces?

—Afortunadamente, sí.

—Me ocuparé de su traslado a Washington —murmuró Cavanagh.

—Está bien... Los demás, que sigan buscando el yate «Flow».

—No está en Pompano —dijo un agente—. Ni en Miami, ni en...

—Está cerca de los muelles de Pompano —cortó Brigitte—. Y quiero que lo encuentren antes de esta noche.

—No lo encontraremos, porque no está.

—Si yo digo que está, es que está. De modo que seguirán buscándolo... ¿No lo entienden? Simón —señaló el cadáver— encontró el yate. Pero lo descubrieron, le golpearon y le mataron, ahogándole, seguramente con la esperanza de que las autoridades creyesen que había muerto ahogado simplemente. Vana ilusión... Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que ese yate existe y no está lejos de Pompano... Así que ustedes van a encontrarlo en ocho horas. Eso es todo, Simones.

Los agentes de la CIA miraron a Cavanagh, pero por pura cortesía hacia su jefatura, pues sabían perfectamente que las palabras de la agente Baby no eran sólo órdenes, sino sentencias. Cavanagh se limitó a mover afirmativamente la cabeza y en pocos segundos quedaron los dos solos con el cadáver.

Tras unos segundos de reflexión, la espía se acercó a la mesita redonda donde estaban las pertenencias del agente muerto. Las miró hoscamente, pensando que todo estaba allí. Todo lo corriente en un hombre, al menos; llaves, billetero, pañuelo, cigarrillos, encendedor, monedas sueltas... y la pistola. Ni siquiera le habían dado tiempo a usarla, desde luego.

—¿No llevaba encima las fotografías? —preguntó de pronto.

—No.

—¿No las llevaba cuando fue registrado por usted o no las llevaba cuando buscaba el yate «Flow»? ¿Va a decirme que esos muchachos están buscando el yate sin copias de las fotografías que yo le quité a Yedor Milavitch?

—Cada agente lleva un juego completo de esas fotografías que reproducimos en gran cantidad.

—Entonces, a éste se las quitaron.

—Quizá.

—Sin quizá. Lo vieron merodeando, quizá cuando ya había identificado el yate… Y posiblemente pensaron que podría ser un amigo de Yedor Milavitch —un destello de alarma pasó por los ojos de la espía—. Y no me sorprendería que a todos nosotros nos tengan ya localizados. Habrán estado vigilando donde estaba el cadáver. Habrán visto al Simón que lo encontró, lo habrán seguido hasta aquí…

—Eso significaría que la han visto a usted. No me gusta esto, Baby; la voy a retirar del asunto.

—¿A mí? —exclamó Brigitte.

—Claro. Organizaré la prosecución de las investigaciones de otro modo. No quiero que a usted le ocurra nada. Se irá a Nueva York cuanto antes, en vuelo privado que pediré a la Central, y que…

—¿Está loco? —cortó casi groseramente Brigitte—. ¿Pretende enviarme a mí lejos de donde han asesinado a un Simón prácticamente en mis narices?

—Él ya está muerto. Usted, todavía no.

Brigitte estuvo unos segundos mirando fijamente a Cavanagh, y éste casi sintió un escalofrío cuando los azules ojos parecieron penetrar en los suyos. Brigitte bajó la cabeza al fin y, con la mirada fija ahora en el bulto que formaba el cadáver bajo la sábana, murmuró:

—Le diré lo que vamos a hacer, señor. Usted cambiará de alojamiento. Los muchachos que han estado en este *bungalow* regresarán a la Central y serán otros los que seguirán buscando ese maldito yate. Pero yo seguiré aquí, en Pompano Beach…

—Quien está loca es usted —le devolvió Cavanagh la grosería, hoscamente—. Se está ocupando de la seguridad de todos menos de la suya propia.

—Usted y yo nunca hemos chocado, señor. Más bien, siempre ha apoyado mis iniciativas, mi… independencia dentro de la CIA ¿Quiere que choquemos ahora?

—Quiero conservarla con vida.

—De eso me ocuparé yo. Los muchachos se irán, usted cambiará de alojamiento, y cuando vaya esta noche a la playa, quiero encontrar un bazooka en la lancha. ¿No lo entiende? Ellos creen que somos rusos, amigos y compañeros de Yedor Milavitch y, por

tanto, querrán eliminarnos. Márchense todos. Lo que esta gente está preparando, sea lo que sea, está relacionado con Estados Unidos, y presumo que algo parecido debió ocurrir con Rusia. No compliquemos las cosas. Vamos a tranquilizarnos, que se confíen. Dejémosles el campo libre, aparentemente, al menos. De lo contrario, no volveremos a ver al pesquero fantasma… Puede estar seguro de ello, señor.

—¿Usted insiste en quedarse?

—Naturalmente.

Cavanagh se pasó la lengua por los labios, vaciló, miró casi torvamente a Brigitte y, de pronto, reaccionó con violencia, iracundo.

—¡Está bien, está bien! ¡Haremos los que usted dice, maldita sea…! ¡Y ya la lloraremos cuando encontremos su cadáver!

—Tomaré un taxi —sonrió la espía—. Hasta la vista, señor.

* * *

Allá estaba, de nuevo al alcance de su vista. Igual que la noche anterior, había aparecido de pronto, como brotando de la oscuridad igual que si hubiera estado formando parte de ésta.

Una dura mueca apareció en el bello rostro de la espía. Guardó los prismáticos rápidamente, cerró el maletín y echó a correr hacia donde estaba la lancha. Apartó la lona, saltó ante los mandos y partió a toda velocidad hacia el pesquero fantasma.

—Ya os daré yo fantasmagorías… —mascculló.

Trabó el volante. Tomó el bazooka que le habían dejado en la lancha y colocó suavemente una granada por la boca del tubo… Si el yate era fantasma, nada le iba a ocurrir por un bombazo más o menos. Y si no era fantasma, con el boquete que le iba a hacer lo dejaría incapacitado para navegar. Así que, en esta noche, no iría muy lejos, desde luego.

Se colocó el bazooka en el hombro, afirmó los pies en la cubierta, apoyándose de costado en la borda, y apuntó, por medio de los visores nocturnos, hacia tan fácil blanco. Le iba a dar en la popa, calculando la posición de la hélice, de modo que lo dejaría al pairo. Eso es lo que iba a hacer…

Estaba a punto de apretar el disparador, cuando se dio cuenta de

que algo nuevo ocurría; el pesquero no se desplazaba ya a la velocidad anterior, sino que se deslizaba cada vez más lentamente sobre las negras aguas, en absoluto silencio… De un momento a otro, se iba a detener.

Brigitte bajó el bazooka y, con el ceño fruncido, estuvo contemplando al pesquero, cuya marcha era cada vez más lenta. De pronto, fue a los mandos, quitó el piloto automático y redujo la velocidad para, segundos después, parar también su motor. A partir de ese momento, la lanchita se fue acercando por su impulso anterior, silenciosamente, al pesquero fantasma que, finalmente, se había detenido. No había ni una sola luz a bordo.

Cautamente, aprovechando el último impulso de la lancha, dio una vuelta alrededor cada vez más lentamente. Por encima del rumor del mar, se oía el crujir del maderamen del pesquero, que oscilaba suavemente. Crujían las maderas, y eso era todo. Ni la más leve señal de vida.

Baby encendió el foco de pronto, apuntando al pesquero. La luz dio de lleno en las viejas maderas, en la borda astillada… Ni siquiera había velas en los rotos mástiles, inútiles desde el momento que al pesquero, indudablemente, le habían acoplado un motor… Apagó el foco, sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada.

—¿Sí, Baby? —Oyó en el acto la voz ansiosa de Cavanagh.

—Aquí está, señor. Se ha detenido. Parece que no hay nadie a bordo. Ni una sola luz… Nada. Está como… muerto. No parece que esta vez vaya a desaparecer.

—Baby… Atienda. Atienda bien, se lo ruego; no suba a ese pesquero. Espere ahí. ¿Me entiende? ¡Espere ahí, en la lancha, o dondequiera que esté! ¡No suba a ese pesquero! Nosotros vamos a llegar en pocos minutos. ¿Me ha oído, Baby?

—Perfectamente. Les espero… buscando fantasmas.

—¡«Bab…»!

Pero Baby cortó la comunicación, sonriendo secamente. Tomó uno de los canaletes de emergencia y comenzó a empujar la lancha hacia el pesquero. Muy pronto estuvo pegada a su costado. Cogió el anclote, lo balanceó unas cuantas veces y lo tiró hacia arriba sin soltar la cuerda. El anclote pasó por encima de la borda, se clavó allí al tirar Brigitte de la cuerda, y la espía dio unos últimos tirones, asegurándose de la firmeza del enganche. Se colgó la pistolita y la

linterna del delgado alambre con diminutas anillas que servía de cinto a la malla negra, se asió con fuerza a la cuerda y emprendió la ascensión a pulso. Parecía imposible qué sus bracitos pudieran soportar aquel esfuerzo, y más imposible todavía que sus manitas bien manicuradas, sus deditos de seda, fueran capaces de efectuar la suficiente presión en la cuerda para mantenerse colgada de ésta.

Pero, imposible o no, la agente Baby llegó arriba sin la menor dificultad. Se agarró a la borda con una mano, empuñó la pistolita y se asomó… El pesquero se balanceaba y crujía, eso era todo. No se veía ningún ser vivo en cubierta ni parecía que pudiera haberlo en su interior.

Pasó las piernas por encima de la borda y se dejó caer silenciosamente en cubierta. ¡Creeccc…! crujía el maderamen. Dio un par de pasos y estuvo a punto de resbalar. Casi tuvo que soltar la pistolita para sujetarse de nuevo a la borda. Encendió la linterna, iluminó el suelo y lo vio mojado… Todo estaba mojado, como impregnado de humedad…

Cloc… ¡Cloc-cloc…!

Se volvió como una centella, apuntando la pistolita hacia donde había oído el ruido. Vio la media puerta batiente, golpeando en la madera, medio suelta, señalando la entrada al interior del pesquero.

—Tiene que haber alguien aquí —pensó, tensa—. Tiene que haber alguien vivo en este viejo cascote… Aunque… ¿Por qué? ¿Por qué no puede estar vacío, navegando… por sí solo?

Ya sin vacilaciones, cuidando de no resbalar, se dirigió hacia la rota batiente. Dirigió la luz abajo; vio las escaleras y no dudó lo más mínimo en bajar. No había nada allí dentro. Solamente las paredes del casco del buque. Paredes húmedas, hinchadas. Sólo eso. Ni viejos muebles, ni utensilios de pesca o de cualquier otra clase… Nada. Igual que estar dentro de un melón vacío.

Giró sobre sus pies, recorriendo con la luz todo el casco. Sí. Igual que un melón vacío. Frunció el ceño y decidió regresar a cubierta… pero olvidándose de lo resbaladizo del suelo. Lanzó una exclamación cuando sus pies se proyectaron hacia arriba, soltó la pistolita y la linterna y, tras un inútil pedaleo en el aire, cayó medio sentada, medio sobre las manos que amortiguaron el golpe.

Toc.

Se quedó sentada unos segundos. Luego recogió la pistolita y

golpeó el piso con ella.

Toc.

Se puso de rodillas y golpeó una vez más. Toe… El mismo sonido a hueco. Claro… Debía ser el sollado. Pero… ¿cómo se llegaba a él? De nuevo recorrió con la luz de la linterna todo el perímetro, pero no vio ninguna salida u orificio, a excepción del que llevaba arriba por las escaleras. Sin embargo, debía haber un medio de llegar abajo, al sollado.

Siempre arrodillada, estuvo examinando muy atentamente el piso, iluminándolo de cerca… Dos minutos más tarde tan sólo, veía el corte en las tablas. Un corte perpendicular a la línea de las tablas exactamente. Estuvo buscando hasta encontrar el ángulo que formaba aquel corte con el borde de uno de los tablones. Entonces, se quitó el alambre que llevaba a la cintura, lo metió por aquel ángulo apretándolo con la culata de la pistolita y comenzó a tirar. Casi en el acto, el suelo cedió, marcándose claramente entonces el recuadro de madera. Dio un fuerte tirón y la tapa se alzó cayendo con fuerza en el piso quedando sujeta por unas bisagras… y dejando escapar un intenso rectángulo de luz.

A toda velocidad, Brigitte rodó, alejándose de aquel boquete, de la luz. Quedó inmediatamente orientada hacia allí, lista la pistolita, crispada la dulce boquita sonrosada.

Nada sucedió. La espía se pasó la lengua por los labios.

—Salgan de ahí —ordenó secamente—. Si no lo hacen antes de diez segundos, colocaré una carga explosiva en el buque.

Silencio. La divina espía repitió su «consejo» en alemán, ruso, español, italiano, portugués y francés… Suficiente para que la entendieran en cualquier parte del mundo, Pero nada sucedió. Silencio.

Se arrastró hasta la abertura y se asomó cautelosamente, con un gesto lento pero de veloz retirada. No vio persona, alguna allí abajo, pero sí algo que la dejó asombrada en verdad. Volvió a asomarse. Lo primero que se veía era la escalera de peldaños metálicos, brillantes. Luego, el piso, también metálico, rutilante. Y alrededor, inundado de potente luz, toda una serie de tableros metálicos atestados de dispositivos, mandos, luces, palancas, ranuras, inscripciones… Había una pantalla de televisión, de no menos de treinta y cinco pulgadas. Atónita, estuvo unos segundos

contemplando aquello, tan diferente a lo que sugería el aspecto exterior del pesquero. Era como… como una instalación de instrumentos para vuelos espaciales, por ejemplo, pero en pequeño… Todo reducido, todo como apretado dentro de aquel recinto que tenía forma de pez…

Y, desde luego, no había nadie allí dentro.

No obstante esta seguridad, bajó con la pistola por delante, lista para disparar en cualquier momento. Pero, ciertamente, no era necesario. En verdad estaba sola en aquel pesquero… fantasma. Que ya no podía parecerle tan fantasma, desde luego. La solución estaba harto clara para una espía que, como ella, se había visto en las más extrañas y comprometidas situaciones desde que cumpliera los quince años… Sí, una solución clarísima: control remoto.

Alguien estaba manejando a control remoto aquel pesquero, desde algún sitio probablemente no muy lejano… y que bien podía ser el yate «Flow». Es decir, que en el yate «Flow» estaban los mandos a distancia que movían el pesquero. Y también estaban las personas que estaban tramando algo… Las mismas personas que habían matado a Simón, golpeándole primero y luego ahogándole.

Se detuvo delante de una curiosa esfera metálica de gran tamaño que había en lo que podía llamarse la proa de aquella instalación en forma de pez. La golpeó con la pistolita y sonó a hueca… Era una gran bola, que parecía adherida a la proa. Pasó sus finos y sensibles deditos por la superficie metálica, pero no encontró ranura alguna. Era una bola completamente cerrada…

Alzó la cabeza al oír el ruido de un par de motores afuera. Llegaban muy amortiguados y pronto dejaron de oírse, pero era suficiente para su finísimo oído; allá llegaban Cavanagh y algunos de los hombres que habían estado esperando. Sólo podían ser ellos. De modo que, sin hacer caso, se dedicó a examinar todo aquello. Se detuvo delante de la pantalla de televisión, pero debajo de ésta había tantos botones que no supo cuál convenía tocar para que apareciera una imagen. Decidió que era mejor no tocar nada, dejar todo aquello para que lo examinasen expertos electrónicos… Pero sí fue mirando, cada vez más alarmada, las inscripciones en inglés y ruso que había en algunos de los tableros. En uno de ellos se leía: Bomba H-Disparo; en otro, Virus; en otro, Función de gas; en otro, Radiaciones finales… Arriba oyó una exclamación y un seco golpe

que sonó a hueco. Y todavía con el ceño fruncido, sonrió al comprender que alguno de sus compañeros había resbalado en cubierta. Pero fue una sonrisa muy leve, porque su máxima atención estaba dedicada a todos aquellos instrumentos, a los indicadores, a las inscripciones…

—¡Baby!

No se molestó en contestar. Ya la encontrarían.

Y así fue. Pocos segundos después, dos agentes de la CIA descendían al interior de aquel metálico y hermético compartimiento. Cavanagh fue el tercero en bajar, todavía refunfuñando, con la parte de atrás de los pantalones mojada y sucia. No hizo el menor comentario, de momento. Como los dos Simones, se quedó mirando, estupefacto, toda aquella serie de instrumentos.

Por fin, dominando ya su asombro, pudo exclamar:

—Pero… ¿qué demonios es todo esto?

—Las tripitas del pesquero fantasma —sonrió Brigitte, tensa—. Y si se dedica a leer las inscripciones, quizá vaya obteniendo conclusiones que le inquietarán tanto como a mí, señor.

Cavanagh y los dos agentes las fueron leyendo, rápidamente. Muy pronto palidecieron. Cuando aún no habían terminado, Cavanagh miró a Brigitte, demudado el rostro, pálido.

—Avisaré inmediatamente a la Central —dijo, ronca la voz.

—Sí. Será mejor que envíen aquí a alguien que entienda de esto, para desmontarlo… antes de que a alguien se le ocurra disparar por control remoto, una Bomba H…, por ejemplo.

Capítulo V

Cerca de las once de la mañana, sonó la llamada a la puerta de la *suite*, y Brigitte alzó vivamente la cabeza, apartando la mirada de los dibujos que había estado realizando. Vaciló un instante, pero al fin tomó su pistolita y fue hacia la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo.

Abrió y Cavanagh entró lentamente. Parecía muy cansado, pero satisfecho.

—Buenos días, Baby. ¿Ha descansado bien?

—Dormí, si así puede decirse, un par de horas. Había algo que me tenía preocupada.

—¿Qué es ello?

Con una seña, Brigitte le llevó con ella hasta la mesita donde había estado dibujando. Se veía la silueta del pesquero, y luego, por secciones y compartimientos. Eran unos dibujos aceptables, en cuanto a calidad. Pero, indudablemente, muy claros.

—Llevo tres horas trabajando en esto —murmuró—. Y todavía no he podido comprender dónde puede llevar un barco como este una bomba de hidrógeno o varias. No caben en ningún sitio.

—Eso parece. Pero en algún sitio estará esa bomba.

¡Oh!, vamos, señor… Es imposible. He seccionado ese barco muchas veces, de todas las maneras. No puede llevar una bomba, y menos, las instalaciones necesarias para dispararla. Es imposible. ¿Qué han dicho los expertos electrónicos que enviaron de la Central?

—Estuvieron trabajando unas horas antes de darse por vencidos.

—¿Por vencidos? No comprendo… ¿Significa eso que han abandonado la investigación de ese pesquero, de sus instrumentos…?

—Sí. La Marina y la NASA se han hecho cargo del asunto. Por

eso he venido a buscarla; volvemos a Washington, Brigitte. Nosotros hemos terminado. Esto ya no es cosa de espías, sino de técnicos y científicos.

—¿Científicos?

—Claro. Todo eso de la «Función de Gas», «Radiaciones finales», etcétera, es cosa de ellos, no nuestra.

—Por Dios, no —exclamó Brigitte—. ¡Esto es cosa nuestra, señor! Pediremos autorización a Washington para que me permita intervenir todavía en el asunto…

—Lo harán mejor esos técnicos y científicos de la NASA

—Es posible. Pero no deben ir allí todavía. Yo diré…

—Ya han ido.

Brigitte palideció.

¡Llame inmediatamente a nuestros compañeros por la radio de bolsillo! —exclamo—. ¡Que se hagan cargo del pesquero y que lo desalojen de todo el personal técnico y científico de la NASA!

—¿Qué está diciendo? —masculló Cavanagh.

—¡Hágalo!

Brigitte corrió hacia el dormitorio y fue hacia el armario. Acababa de abrir una de las puertas cuando se volvió hacia atrás, al oír la voz de Cavanagh:

—Mire, Brigitte, no podemos ahora… ¡Oh!, perdón —enrojeció Cavanagh—. No… no pensé que… que…

—No importa esto —refunfuñó Brigitte—. Haga esa llamada.

—Imposible —murmuró Cavanagh, volviéndose de espaldas, todavía sonrojado—. Las órdenes finales sobre este asunto…

—¡Nunca hay órdenes finales sobre ningún asunto! —dijo la tensa voz de la espía—. ¡Siempre, en cualquier circunstancia, se hace lo que conviene, no lo que se ha planeado o decidido desde un cómodo sillón! ¿No quiere entender esto, señor? Yedor Milavitch dijo que el pesquero aparecía y desaparecía, hasta que al final se dejaba ver bien, pero que entonces era una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—¡No lo sé, pero aquel ruso no me estaba mintiendo! —Brigitte apareció ante Cavanagh, vestida con una minifalda preciosa y un jersey enloquecedor, aún descalza—. Pensemos con calma y detenimiento, señor… ¿Cree usted que la persona o personas que gobiernan por control remoto ese pesquero lo han puesto en

nuestras manos para que estemos contentos… o porque a ellos les conviene?

—Quizá algo se estropeó en el control y no pudieron recuperar el pesquero…

—¡Tonterías! Milavitch lo dijo bien claro: era una trampa. Y debía saberlo muy bien… Quizá, porque ese pesquero tuvo algo que ver con Rusia, de un modo u otro. Si no… ¿qué hacía un espía de la importancia de Milavitch metido en esto, entrando clandestinamente en Estados Unidos? Por cierto: ¿envió sus cenizas a Moscú?

—Están en camino…

—Bien. Ahora llame a nuestros muchachos y dígales que desalojen inmediatamente ese pesquero.

—Pero, Baby, eso…

Bip, bip, bip, bip…, captó el finísimo oído de Brigitte, mientras Cavanagh notaba las suaves vibraciones de la radio de bolsillo contra su pecho. Sacó inmediatamente la radio, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—¡Señor, venga inmediatamente a la playa! ¡El pesquero ha desaparecido!

—¿Cómo? ¿Qué… qué…?

—Ha desaparecido… ¡Se ha sumergido, señor! Esa es la palabra exacta: ¡se ha sumergido!

—¡No diga tonterías! ¡Un pesquero no puede…!

Brigitte le arrebató la radio a Cavanagh.

—Simón —exclamó—, ¿estaban dentro del pesquero los enviados de la NASA?

—Claro. Hacía una hora que habían llegado todos. Un grupo muy importante de técnicos y científicos, para examinar bien todos esos aparatos… ¡Claro que estaban dentro! ¡Por todos los…! ¿Qué hacemos nosotros ahora?

Brigitte suspiró profundamente.

—Nada. Ya no se puede hacer nada. Es todo, Simón. Usted y los demás regresen a sus trabajos habituales.

—Pero…

—Es todo, he dicho.

—Está bien.

Brigitte cerró la radio y la devolvió a Cavanagh que la guardó maquinalmente, endurecido su rostro por un gesto de ira.

—He sido un estúpido —murmuró—. Creo que después de esto sólo me queda pedir el retiro. Me jubilaré.

—No diga tonterías —sonrió Brigitte—. Usted no estuvo dedicado a estudiar el pesquero como lo he hecho yo. Además, un fallo lo tiene cualquiera. Hasta yo.

—Lo dudo —intentó sonreír Cavanagh— pero me consolaré con ese pensamiento. Sin embargo, lo sucedido es tan catastrófico que no sé qué clase de consuelo voy a encontrar. No debí…

Se calló y una muequecita irónica apareció en los labios de la divina espía.

—¿Obedecer las órdenes de Washington? —terminó por él—. Pues ya lo ha hecho. Y espero que esto le sirva para comprender mejor algunas de mis… rebeldías contra ciertas órdenes. No puede dar órdenes tan decisivas quien está lejos del asunto, señor.

—Está bien, está bien… Desde luego, haré constar en el informe que usted se opuso a la presencia de esos hombres de la NASA en el pesquero. Quizá todos los de la Central hayamos aprendido algo con esto. Pero eso ya no es importante… Lo importante es que hay doce hombres dentro de ese pesquero.

—Doce hombres de gran valía técnica y científica.

—Sí… Comprendo. Algo así debió ocurrirles a los rusos y por eso estaba Yedor Milavitch aquí a la caza del pesquero. Todo está muy claro ahora. Especialmente, la trampa que ha significado ese maldito pesquero fantasma. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Ya me han oído; nada. Esperaremos.

—¿Qué harán con esos hombres? ¿Para qué los quieren? Dadas las circunstancias, podemos comprender que esto es una estratagema de los rusos… Todo tiene las características de un… robo de cerebros.

—No nos precipitemos —sonrió de nuevo Brigitte—. Respecto a esto de robos y… fuga de cerebros, yo podría decir muchas cosas sorprendentes[1] que nos harían formar miles de teorías. Lo mejor será que esperemos tranquilamente.

—¡Esperar tranquilamente! ¡Habría que enviar submarinos o torpederas en busca de ese pesquero que… que se ha sumergido!

—Seguro. Podríamos enviar unas cuantas torpederas con radar y

no cabe duda de que lo localizarían. Es más; posiblemente, esté localizado ya. Pero… ¿de qué sirve eso? ¿Qué se puede hacer contra un pesquero que tiene en su interior a doce de los más importantes técnicos y científicos de Cabo Kennedy? ¿Torpedearlo, quizá?

—Por Dios…

—Todo lo han calculado muy bien, señor. Saben que no haremos nada, que esperaremos. Y eso es lo que vamos a hacer.

—No me creo que usted se tome las cosas así… ¡Y no me diga que ahora se va a ir tranquilamente a la piscina a nadar o a tomar el sol!

—Pues lo digo —rió Brigitte—. Será mejor, mientras tanto, que usted vaya a la playa, hable con los muchachos y vea qué resuelven entre usted y los jefes de la Central. Si me necesita para algo, ya sabe que me encontrará en la piscina.

—Admiro su sangre fría, desde luego.

—No querrá que me ponga a llorar.

—No… No, claro. Está bien, tómese las cosas con calma, descanse, diviértase… Yo veré qué se puede hacer, mientras tanto.

—Estupendo —sonrió dulcemente Brigitte—. Ya me dirá lo que vaya ocurriendo. Puede llamarme por la radio. Es más práctico.

—Sí… Bien, hasta luego. Que se divierta.

—Muchas gracias, querido —sonrió la espía, igual que una niña.

Cavanagh salió de la *suite*. Brigitte cerró la puerta, todavía sonriendo… y en cuanto Cavanagh ya no pudo verla, una mueca dura y fría apareció en su lindísimo rostro. Fue al dormitorio, sacó de un bolsito las copias que se había quedado ella de las fotografías obtenidas por el soviético Milavitch y luego se fue con el maletín rojo con florecillas azules al cuarto de baño. Lo abrió, sacó la peluca rubia y la dejó a un lado. Sacó cosméticos, lentes de sol, lentillas de contacto de color oscuro…

Y es que, realmente, la agente Baby tenía un modo muy especial de… divertirse.

* * *

Lo que ocurre es que cada cual se divierte a su manera. No importa el modo, lo esencial es divertirse. Por ejemplo, había quien para divertirse prefería un buen viaje por mar, tocando muchos puertos y

simpatizando con chicas bonitas. Lo de simpatizar es fácil cuando, además de tener un hermoso y gran yate y buena cantidad de dinero, se es simpático de verdad.

Gowan parecía muy simpático. Al menos, las chicas que estaban con él en la cubierta del yate, parecían pensarlo así porque reían que se hacían pedazos. Había cinco. Todas ellas en bikini, todas ellas sensacionales; jóvenes y alegres. Muy alegres. De todos modos, el chiste debía ser muy bueno, porque también reían Wesdon y Ticomew. Polix, que estaba en la cabina de mandos, no había tenido la fortuna de oír el chiste, muy a su pesar. En cuanto a Forell, que salía en aquel momento del interior del yate, ni siquiera sonrió a medias al captar la hilaridad de todos.

Muy se rió, se acercó a Wesdon; se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Zom quiere ser montado, Wesdon. Está encendida la luz.

La risa desapareció. Wesdon quedó serio y se puso en pie poco menos que de un salto. Sin la menor explicación se fue con Forell y segundos después ambos entraban en uno de los camarotes. Estaba completamente a oscuras, salvo la luz roja que se veía en un rincón… La luz de una de las piezas del artefacto que estaba cuidadosamente colocado sobre una mesita al descubierto.

—Cierra la puerta —musitó Wesdon.

Mientras Forell cerraba con llave la puerta del camarote, Wesdon apartó la cortinilla que ocultaba la ventana circular del camarote, dejando entrar la luz del sol. En menos de dos minutos, montó entonces el artefacto con «piernas» y todo, de modo que quedó en el suelo ante ellos.

En cuanto estuvo montado, se oyó la metálica voz:

—Todo ha salido bien —dijo—. Tenemos a doce personajes importantes en el «Fantasma». Lo he sumergido no muy lejos de aquí y he parado las máquinas. Pero dentro de unas horas, partiré hacia el lugar convenido, en los Kayos.

—Magnífico —susurró Wesdon—. ¿Partimos ya nosotros hacia allí, Zom?

—No tengáis demasiada prisa. Y no olvidéis a las chicas… Llevadlas a todas, haced un viaje divertido, un crucero placentero. Pero que Ticomew permanezca en todo momento a la expectativa, pues puede decidir de improviso efectuar el acoplamiento. No creo

que llegue a ser necesario, pero quiero que estéis prevenidos.

—Descuida, Zom… Por nuestra parte, haremos las cosas bien, como siempre, ya lo sabes. Echaremos un vistazo a la cámara de acoplamiento antes de zarpar… Podemos enviar a las chicas a sus casas, en busca de ropa y cosas así para que estén elegantes durante el crucero… Eso les llevará el tiempo suficiente para que nosotros lo revisemos todo. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente.

—¿Has pedido ya el dinero?

—Todavía no. Sin prisas, entendedlo bien. Hay muchas lanchas de la U. S. Coast Guard vigilando y han llegado más torpederas. Me tienen localizado con el radar y el sonar, por supuesto, pero no harán nada. Sería de locos lanzarme un torpedo o una carga de profundidad. Me seguirán a distancia, pero en su momento, utilizaré el sistema de desconexión y ya no podrán seguirme. Todo va bien. Proceded. Eso es todo.

—De acuerdo… ¿Te desmontamos?

—No es necesario… ni conveniente. Por el contrario, de cuando en cuando dad una vuelta por aquí, por si tengo que deciros algo. Pero si os paran los guardacostas y comprendéis que van a subir a bordo, escondedme en el panel secreto del camarote. No quiero descuidos, Wesdon, tenedlo bien presente.

—Descuida.

La luz roja se apagó y Zom quedó como lo que era: un montón de láminas de hierro, un artefacto silencioso y extraño.

—Salgamos de aquí —murmuró Wesdon—. Tú sube a decirles a las chicas que nos vamos a los Kayos a divertirnos… Que vayan a buscar sus equipajes o cosas así y que vuelvan dentro de un par de horas. Mientras tanto, Ticomew y yo nos aseguraremos de que todo está bien en la cámara de acoplamiento… Dile a Ticomew que baje en cuanto se hayan ido las chicas.

—Está bien. Demonios, me gustaría saber qué sienten esos doce personajes encerrados en el «Fantasma»…

* * *

Lo que sentían aquellos doce hombres era muy fácil de explicar. Bastaba con una sola palabra: miedo. Habían empezado a sentirlo

en cuanto la trampilla metálica, sin que nadie la hubiese tocado, se había cerrado encima de ellos y, en seguida, habían captado encima el rumor de gran cantidad de agua. Algunos se habían abalanzado hacia la trampilla, pero muy pronto se convencieron de que era imposible abrirla. Además, la gran cantidad de agua que, estaban convencidos, tenían encima, aconsejaba no intentar ningún procedimiento para conseguir abrirla.

Y una hora más tarde, tranquilizados al menos en el sentido de que disponían y dispondrían de aire suficiente, fue cuando, de pronto, todos oyeron, clarísimamente, aquella voz metálica, en perfecto inglés:

—Caballeros: están ustedes en un… vehículo de mi invención, llamado «Fantasma». Les explicaré someramente como funciona, para satisfacer su posible curiosidad técnica. En definitiva, es un pequeño submarino que ha sido acoplado al fondo de un viejo pesquero. Este pesquero, a su vez, fue preparado para que todo él funcione como depósitos de agua que, al ser admitida por medio de ciertos mecanismos que abren tubos de succión, hundan el pesquero y, por tanto, el pequeño submarino donde están ustedes. Cuando sea conveniente volver a la superficie, el agua será expulsada y el pesquero, siempre con el submarino acoplado a su fondo, emergerá. Es sencillo y espero que todos lo hayan entendido.

Nadie dijo nada. Habían estado mirando a su alrededor, buscando el lugar de donde provenía la voz, pero no pudieron localizarlo. Tras unos segundos de silencio, la voz se dejó oír de nuevo:

—En cuanto a todos los aparatos que tienen ustedes a su alrededor, no se molesten en revisarlos; no valen nada. Son pura fachada. No hay aquí bombas H, ni gases, ni radiaciones, ni nada… Este es un lugar confortable y tranquilo y espero que su comportamiento sea el adecuado. Todos son inteligentes; demuéstrenlo teniendo paciencia y nada les ocurrirá.

—Pero… ¿qué significa todo esto? —inquirió uno de los científicos—. ¿Quién es usted? ¿Qué se propone?

—Pueden llamarme Zom. Y soy… un robot. Esta es toda la explicación que pienso darles sobre mí, por el momento. Y espero que no sea necesario completarla. En cuanto a lo que me propongo, es tan sencillo como todo lo que nos rodea: dinero. Quiero dinero

por ustedes… Como es natural, yo sabía que en cuento el pesquero fuese ocupado y descubiertos estos paneles y falsos instrumentos, la curiosidad y hasta un poco de pánico, cundiría en los norteamericanos, y que, como sucedió en Rusia, enviarían técnicos a investigar mis aparatos. Si quieren distraerse desmontándolos verán que tras los paneles no hay nada. Todo estaba destinado simplemente a conseguir unos cuantos hombres de la valía de ustedes y capturarlos. Lo único que realmente funciona aquí, cuando estamos en superficie, es la televisión Quizá tengan oportunidad de comprobarlo más adelante. Mientras tanto, tómense las cosas con calma. Es todo.

—Espere un momento —pidió otro de los capturados personajes —. Esto, en definitiva, si lo hemos entendido bien, es un secuestro… ¿No?

—En efecto. Todo ha estado pensado y planeado así desde el primer momento.

—Y usted piensa pedir dinero por nosotros a la Marina, o a la NASA o al Gobierno de Estados Unidos.

—Ciertamente. Así de sencillo.

—¿Cuánto piensa pedir?

—Ciento veinte millones de dólares. Ya ven que los valoro generosamente: diez millones por cada uno.

Los doce hombres cambiaron miradas de desaliento.

—¿Qué pasará si no le dan lo que usted pide?

—Pagarán, no se preocupen. Pero… Tengo prevista esa contingencia, desde luego. Si sus compatriotas no pagan, temo que sólo existen dos soluciones para esta situación. Una de ellas, es matarlos a todos ustedes y escapar; pero, sinceramente, esa solución no es de mi agrado.

—¿Cuál es la otra? —inquirió otro, con voz ronca.

—Venderlos en otra parte. Quizá no obtenga tanto, pero es posible que algún país en vías de desarrollo técnico, y poco escrupuloso, los compre a ustedes… igual que hace un siglo ustedes compraban esclavos negros procedentes de África. Cabría la posibilidad de que las cosas sucedieran ahora al revés; que algunos africanos comprasen a buen precio unos cerebros tan valiosos como los suyos. Sin embargo, tengo la seguridad de que podrán volver ustedes a Cabo Kennedy, sanos y salvos… Eso sería lo mejor para

todos, ¿no les parece?

—Usted… usted no puede vendernos como esclavos, ni puede… hacer lo que le venga en gana con nosotros…

—Yo creo que sí puedo. Acepten la situación con elegancia y con ese famoso espíritu deportivo americano. Todo saldrá bien. Si llegan a sentir apetito o sed, sólo tienen que abrir el panel marcado con la palabra «Virus» —les pareció oír una risa—. Es un frigorífico. Ah… Sólo podrán abrirlo estirando, no apretando el botón de color azul. Espero que la estancia en el «Fantasma» les resulte grata.

Capítulo VI

La vida era grata para Millie Crawson, desde luego; no demasiado decente, eso sí, pero grata. Y, para una chica como Millie, eso era lo importante: vivir bien; fuese como fuese. Y no cabía duda de que en aquel hermoso yate se vivía muy bien… ¡Espléndidamente! Los cinco amigos que viajaban en el «Sea Captain» eran jóvenes, limpios, amables, atractivos… Lo mismo daba uno que otro. Todos eran guapos, jóvenes y simpáticos. ¿Qué más podía pedir? ¿Un viaje por mar en un yate grande, de lujo? ¡Pues allí tenía el viaje por mar…! Sólo tenía que acabar de hacer el equipaje, llamar un taxi, volver al yate… ¡y a viajar hacia los Kayos, a divertirse, a gozar de la vida!, que para eso es la vida, ¡qué caramba!, para gozarla, no para sufrirla…

Ding-donggg… Dmg-donggg…

Vaya, qué inoportunos… ¿Quién debía llamar ahora? Desde luego, fuese quien fuese lo iba a despedir pronto. Aunque le habían dicho que no se diese prisa, pues tenían que revisar los motores y comprar víveres y bebidas, estaba deseando encontrarse instalada en el yate. Hasta entonces, podía decirse que apenas había estado abajo… Pero, claro, si iban de crucero, tendrían que asignarle un camarote… aunque fuese compartido. Y seguro que no le pondrían de compañera a una de las chicas. Seguro.

Pensando en esto, Millie abrió la puerta, sonriendo maliciosamente. Se quedó mirando, poco menos que atónita, a la rubia que había en el porche de la casita… ¡Y ella se había considerado siempre bonita! A partir de aquel momento, Millie Crawson tendría otra idea diferente de la belleza femenina. Y sobre todo, de la suya propia.

—¿Qué desea? —preguntó, casi mohina.

—Hola —sonrió la rubia—. ¿Está usted sola?

—Pues… sí. ¿Por qué lo…?

—Pasemos adentro, jovencita.

Una deliciosa manita, maravillosamente manicurada, se alzó y un dedito se posó en Millie, empujando con una suavidad extraña… Extraña, porque pese a esa suavidad, Millie no tuvo más remedio que retroceder, como si en aquel dedito hubiese delegado toda su fuerza la zarpa de una pantera.

—Pero, oiga, ¿qué se cree usted…?

—Chist… Sin escándalos, querida. ¿Cómo te llamas?

La rubia cerró la puerta, se quitó los lentes y se quedó mirando a Millie, con sus grandiosos ojos de color café. Unos ojos tremendos, increíbles, luminosos…

¡No le importa cómo me llamo! Y si no sale usted inmediatamente, llamaré a la Policía.

¡Oh!, sí, entiendo. Pero no pienso permitirte eso, querida. Mira, vamos a hacer las cosas amistosamente, ¿estás de acuerdo?

—¿Qué cosas? ¿Qué…?

—Veamos; ¿te están esperando en el yate «Sea Captain»?

—Sí… Sí, sí, claro…

—Muy bien. Corrígeme si me equivoco; ¿vais a zarpar pronto hacia algún hermoso lugar?

—Sí… Hacia los Kayos…

—¡Hacia los Kayos…! ¡Espléndido! Hace tiempo que no estoy por allá. Desde… Sí, desde el asunto del general Manchester[2]. Bien… ¿Insistes en no decirme cómo te llamas?

—Millie… Millie Crawson…

—Pues bien, Millie querida; no sabes cuánto siento tener que privarte de tan hermoso viaje, pero no tengo otro remedio. Espero que me perdones.

—¿Privarme de…? ¿Oiga, usted, está…?

—¿Loca? Es posible. Pero te diré lo que vas a hacer, Millie: escribirás una notita diciendo que, al llegar aquí, te has encontrado un telegrama en el que dice que tu mamá está enfermita y que tienes que acudir a… Atlanta, por ejemplo, para cuidarla. Que lo sientes mucho pero que te es imposible emprender el viaje. Para compensarlos en lo posible de tu ausencia, has llamado a una buena amiga, llamada Nora Tisdale, que soy yo, y la envías en tu lugar. ¿Me has comprendido, querida?

—No haré semejante cosa. ¡Claro que no lo haré! ¡No lo haré por

nada del mundo! ¡Y usted se va a marchar ahora mismo de aquí…!

Había comenzado a caminar hacia la puerta, dispuesta a abrirla, muy airada. Pero, de pronto, el mundo cambió de posición para Millie Crawson. Algo pasó. Algo terrible… ¡Oh!, sí, terrible; se vio de pronto cabeza abajo, volando, gritando aterrada; rebotó en algo blando, saltó de nuevo por el aire y, finalmente, cayó de bruces delante del sofá… Agitó la cabeza, vio junto a ella un extraño maletín abierto, una manita que tomaba un cepillo para el cabello… Oyó el chasquido y vio salir la brillante aguja de acero, de pavorosa longitud. Entonces, una mano fortísima, según le pareció, le dio la vuelta. Finalmente, Millie vio cómo aquella aguja de acero se acercó a su garganta, notó el suavísimo pinchazo…

—Millie, yo soy muy mala, te lo aseguro. Pero sólo cuando me siento molesta. ¿Me comprendes?

—¡Ay, Dios mío!…

—¿Harás lo que te he pedido? ¿Escribirás esa notita?

—Sí… ¡Sí, sí!

—Qué bien. Ahora, serénate, busca un bolígrafo y un pedacito de papel y hazlo… sin preocuparte por lo que yo haga mientras tanto. Vamos, querida; ¡muévete!

La ayudó amablemente a ponerse en pie, la empujó, guardó el cepillo para el cabello… pero, a cambio, sacó una pequeña pistolita de cachas sonrosadas y la blandió dulcemente.

—Sé buena, Millie… o yo seré mala. Ve a lo tuyo, por favor, querida —sacó un paquete de cigarrillos, hizo algo raro y entonces, para pasmo de Millie, habló—: ¿Señor?

—Baby… ¿Qué ocurre ahora?

—Novedades interesantes. Consiga a uno de los muchachos y vengan al 1244 de Ashendon Terrace… De Pompano Beach, naturalmente. Y vengan en coche de los nuestros, no en taxi o tonterías así.

—¿Qué está pasando?

—Le espero. No tarde demasiado.

* * *

Cuando Cavanagh y un agente llegaron a la casita, la propia Brigitte les abrió la puerta, los hizo pasar y señaló a Millie que estaba

sentada en el sofá, al parecer razonablemente calmada.

—Han tardado tanto que he tenido tiempo de hacerle a mi amiguita todas las preguntas necesarias. Así que no me hagan preguntas ustedes a mí. Se la llevan, la interrogan, y de este modo yo me puedo marchar en seguida. Todavía tengo que recoger algunas cosas en el hotel.

—Pero, ¿a dónde va? ¿Quién es esta mujer?

—Se llama Millie Crawson. Es simpática, aunque un poco… ¿cómo diría yo?… ligera de cascos. Una chica de vida alegre, ¿me comprenden? Ni más ni menos que se disponía a efectuar un crucero de placer en un yate llamado «Sea Captain». Pero iré yo en su lugar. Todo está arreglado a ese respecto. Supongo que no permitirán que se escape; me pondría en un aprieto.

—No escapará. ¿Un yate llamado «Sea Captain»? ¿Y qué demonios pinta ese yate en todo…? —Cavanagh palideció ligeramente y se mordió los labios—. ¡Por todos los demonios…! ¿Cómo pudo encontrarlo?

—Le cambiaron el nombre; eso es todo.

—¡Ya he comprendido eso ahora! ¿Pero cómo pudo encontrarlo usted, con el nombre cambiado?

—Lo vi en el embarcadero, lo estuve vigilando, vi salir a algunas chicas… Como esa gente ya tiene a los técnicos y científicos, pensé que iban a marcharse, y así es; van a los Kayos y…

—¿Quiere decirme de una vez cómo relacionó al «Sea Captain» con el «Flow»?

—¡Oh!, fue pura suerte —chispearon los ojos de Brigitte—. Le diré cómo ocurrió: yo sabía que el yate tenía que estar cerca, de modo que salí a buscarlo y lo encontré. ¿Cómo? Pura suerte, de veras. Con las fotografías bien a la vista, fui examinando yates y más yates… No se puede imaginar la de millonarios que hay, señor; está todo lleno de gente con yate…

—¡Al grano!

—Bueno, pues… fui examinando los yates, uno a uno. Vi el «Sea Captain», pero como estaba pintado de diferente color en algunos puntos, lo deseché. Sin embargo, vi a un hombre en la borda… Entonces miré las fotografías y vi que en una de ellas también aparecía un hombre hacia popa. Se me ocurrió que aunque en la fotografía el hombre se ve muy pequeñito, se parecían; así que me

acerqué más al yate… y me pareció que debajo de las letras actuales había otras. Entonces, esperé a examinar con más detenimiento el yate. Sí; parecía el mismo en todo, salvo en el color. Pero, claro, una capa de pintura es fácil de explicar, ¿verdad? Como ve, pura suerte.

—Eso no es suerte —gruñó Cavanagh—, sino tener los ojos para mirar y la cabeza para pensar. Y nosotros hemos sido tan estúpidos de no pensar en un cambio de nombre, ni en la pintura, ni…

—Pero no todos ustedes —murmuró Brigitte—. Un Simón fue tan perspicaz como yo.

—Y lo pagó caro —susurró Cavanagh—. Estoy pensando que…

—¡Ah!, no —protestó anticipadamente Brigitte—. ¡Nada de eso! Seré yo quien vaya a ese yate, y sólita…, por el momento.

—Es una locura…

—Quizá. Pero ahí está el hombre que dirige este asunto y, sin duda, todos los mecanismos de control remoto del pesquero. Quiero asegurarme bien… Usted y algunos muchachos, en una lancha guardacostas, pueden abordarnos, digamos… rutinariamente, cuando yo le avise por la radio de bolsillo. Pero con discreción, señor. No hay por qué arriesgar a las otras cuatro chicas que irán en el yate. Ni mucho menos, tenemos por qué arriesgar nada nosotros.

—Usted sí arriesga. Podríamos apoderarnos de ese yate en un abrir y cerrar de ojos.

—Quizá eso sería fatal para los doce hombres que hay prisioneros en el pesquero.

—Sí, es cierto… Es cierto.

—Y, además —deslizó fríamente la divina espía—, en ese yate están las personas que ahogaron a Simón. Tengo un encargo para ellos. Un encargo muy personal.

—Lo que va a hacer usted es muy arriesgado, Baby —murmuró el agente que acompañaba a Cavanagh.

—No digo que no —admitió Brigitte—. Pero hay cosas aún más arriesgadas, Simón, y que las hacen otras personas; matar a uno de mis Simones, por ejemplo. Quien hace tal cosa, no es que se arriesgue, no… Lo que hace es firmar su sentencia de muerte. Y yo siempre la cumplo. ¿Quieren preguntar algo más?

Los dos hombres movieron negativamente la cabeza. Cavanagh estuvo tentado de hacer uso de su mando, de retirar a Brigitte del

caso ahora que parecía prácticamente resuelto y evitarla riesgos. Podía hacerlo, pues él era el jefe de todos los espías de acción de la CIA Pero vio aquella frialdad en los ojos de la espía, aquel gesto de los dulces labios… En una fracción de segundo, su pensamiento saltó varios años atrás, hacia un callejón de Buenos Aires. Cuando siendo un simple Simón y estando herido, con una bala en la cadera, desarmado y a punto de perder el conocimiento, acosado por dos espías enemigos, apareció saltando de un tejado una muchachita de grandes ojos azules. Mató a los dos enemigos, se lo cargo en los hombros y le llevó hasta otra calleja donde había un pequeño coche deportivo esperando… Casi sobresaltado se dio cuenta de que, sin ninguna duda, la agente Baby estaba adivinando sus pensamientos, mirándole fijamente, con una leve sonrisilla en los prietos labios.

—¿Algo que oponer, Simón? —susurró ella.

Cavanagh volvió a mover negativamente la cabeza.

—No. Vaya allí y mate a quien usted comprenda que lo merece. Buena suerte, Baby.

—Ya la tengo. ¿Le parece poca suerte emprender un crucero… de placer?

* * *

—¿Nora Tisdale? —se sorprendió Gowan—. Bueno, no sé… Vaya, sí que es mala suerte para Millie, ¿verdad?

La rubia Nora Tisdale sonrió encantadoramente.

—Peor suerte es para su madre que está enferma la pobre. Mire, señor, Millie me pidió que viniera, y sé muy bien lo que… puede una divertirse en un viaje de estos. Pero si, puesto que no puede venir Millie, prefieren que yo tampoco viaje con ustedes…

—Eh, eh —sonrió Gowan—. No he dicho eso, preciosa.

—Pero me parece que lo está pensando. Yo tengo buenos amigos en Pompano y en Miami… No necesito hacer este viaje, de modo que si no le gusto…

—¡Pero qué dices, encanto…! ¡Claro que me gustas! Vamos, vamos, no seas arisca… Sólo estoy un poco sorprendido, eso es todo… Te diré lo que vamos a hacer: le llevaré este papelito a Wesdon y él decidirá, Aunque por mí —guiñó simpáticamente un

ojo—, te quedarías para siempre en el «Sea Captain»… ¿Tú me entiendes, encanto?

—Creo que sí —sonrió la rubia sensacional—. Y le aseguro que no soy de las que hacen quedar mal a una amiga. Si Millie era amable, yo lo seré aún más —suspiró—. ¡Todo sea por la amistad!

Gowan se echó a reír. ¡Seguro que iban a ganar con el cambio!

—No te vayas, ¿eh? Vuelvo en seguida.

Se metió en el interior del yate, agitando el papelito. Nora miró a todos lados, sonriente. Estaba en el portillo de entrada al yate y parecía satisfecha, aprobando todo cuanto veía. Dirigió una mirada amable a las cuatro chicas que esperaban bajo la toldilla de popa, charlando entre ellas y mirándola con curiosidad.

—Hola —saludó—. Yo soy Nora.

—Hola —le contestaron.

—No sé si habéis oído lo de Millie… Hacía tiempo que no nos veíamos y, de pronto, me llama, me dice que tiene algo bueno para mí… ¿Vosotras también vais en el viaje?, ¿verdad? Millie me dijo que seríamos cinco…

—Claro —rió una—. ¡Si hay cinco hombres…!

—Claro —rió también Nora—. No sé si vale la pena que os pregunte los nombres. A lo peor, no voy con vosotras. ¿Cómo se pasa en este barquito?

—¡Fenómeno! —rió una pelirroja de grandes ojos verdes rebosantes de malicia—. Todo lo que te haya contado Millie es poco.

—Pues no me contó gran cosa… Tenía tanta prisa por ir a Atlanta a ver a su madre… ¿Os he dicho que me llamo Nora?

—Sí, hija, sí… Yo soy Janice. Esta es Sheila, esta es Martha y esta es Carol. Bienvenida, si es que te admiten… ¡Oh!, ahí llega Wesdon. Parece que todos le hacen caso aquí.

La rubita deliciosa se volvió. Se quedó mirando al atlético, bronceado y apuesto Wesdon, quien, a su vez, sosteniendo la nota de Millie en una mano, la miraba críticamente de arriba a abajo. No había desconfianza en sus ojos. Sólo un poco de incertidumbre.

—Sé tocar la armónica, cantar, bailar, nadar, cocinar y preparo unos cócteles sensacionales —sonrió la rubita—. Además de todo eso, me encantan los hombres bronceados.

—De acuerdo —sonrió Wesdon, rápidamente decidido—.

Saldremos dentro de unos minutos.

Capítulo VII

Este es mi camarote —dijo Wesdon—. Y el tuyo también, mientras dure el viaje.

—Entiendo —sonrió Nora—. ¿Y durará muchos días?

—¿Tienes prisa por volver a tierra?

—Ninguna… ¡Claro que no! Me encanta el mar, Wesdon.

—Llámame Sandy —sonrió él—. Me parece que nos entenderemos bien Eres una chica despierta y simpática.

—Menos cuando estoy durmiendo. Entonces, sólo parezco una muñequita… Un juguete, vamos.

—¿De veras? Bien… De todos modos, eres un juguete muy apto para mi edad —se acercó a ella y la abrazó por la cintura, mirando la sonrosada boca dulcísima—. Un juguete espléndido, Nora. Celebro ahora que Millie no haya podido venir… Por cierto, ¿sabes qué tiene la madre de Millie, allá en Atlanta?

Nora reflexionó antes de decir, con risita socarrona:

—Quizá tenga el sarampión. O paperas.

Wesdon rió y le dio una palmada atrás.

—Está bien, supongo que no te interesarías por eso… Vamos a olvidar a Millie, eso es todo. ¿De acuerdo?

—Estaba harta de oírla nombrar.

Wesdon asintió con la cabeza y acercó su boca a la de Nora. Ésta se apartó suavemente, evitando el beso, y sus ojos se clavaron, interrogantes, en los del hombre.

—¿Ya? —musitó—. Apenas hemos salido del embarcadero… ¿No te parece mejor esperar a la noche, Sandy?

—¿Por qué hemos de esperar? —Frunció el ceño Wesdon.

—Bueno… Siempre soñé con algo así; un hermoso yate, un viaje por mar, el rumor del agua contra el casco, un hombre de mi gusto… Y ahora que tengo todo eso, no quisiera… precipitar los acontecimientos. La precipitación siempre me deja mal sabor de

boca, por así decirlo.

—De acuerdo —susurró él—. Puedes ir poniendo tus cosas en el armario. Seguiremos esta… conversación cuando anclemos, en algún lugar tranquilo.

—Eso está mejor —suspiró ella—. Te lo has ganado.

Le beso en los labios, lentamente, sin prisas. Un beso breve, sin embargo… y que dejó a Alexander Wesdon crispado, mientras en todo su cuerpo parecía aumentar la temperatura. Nora notó cómo las manos de él apretaban con fuerza en su cintura, pero, de pronto, Wesdon se apartó.

Su voz sonó un poco ronca.

—Creo que vale la pena esperar —murmuró—. Te espero arriba.

Salió del camarote y Nora sonrió… Pero una sonrisa que habría inquietado no poco a Wesdon si la hubiera visto.

Abrió la pequeña maleta que él había dejado sobre la litera inferior y se quedó mirando el maletín rojo con florecidas azules. Lo sacó, dejándolo a un lado. Luego, se dedicó a colocar en el armario las pocas ropas que había recogido para aquel viaje. Se aseguró de que ninguna llevaba iniciales o anagramas que pudieran comprometerla. Se desnudó y se puso un bikini azul celeste. Era una lástima que no pudiera lucir sus ojos del mismo color, y sus largos cabellos negros, pero si Wesdon o cualquiera de los otros efectivamente habían visto a Cavanagh, algunos Simones y a ella misma cuando fue al *bungalow* donde habían llevado el cadáver de Simón; mostrar sus verdaderas facciones habría sido un absurdo suicidio.

Abrió el maletín y frunció el ceño al ver la pistolita. Si a alguno de aquellos hombres se le ocurría registrar sus cosas, quedaría bastante sorprendido al ver el arma. Tenía que esconderla. Y no podía hacerlo en el bikini que llevaba puesto, pues allí no podría esconder ni una avellana. Finalmente, resignada, tuvo que contentarse con esconderla en el doble fondo flexible del maletín. La pistolita era tan plana y pequeña que para encontrarla requeriría un muy minucioso examen del maletín.

Por fin, se miró al espejo del tocador, sonrió y salió del camarote. El primero en verla aparecer en cubierta, fue Gowan, y el vaso que sostenía escapó de su mano, haciéndose añicos.

—¡De… monios! —exclamó.

* * *

Cuando terminó la música del casette, Ticomew dio una palmada en las carnosidades de la pelirroja Janice, se dejó caer en una de las extensibles y tomó el vaso. Su mirada fue hacia la costa. Ya estaban lejos las luces encendidas de Miami y Miami Beach, que parecían formar un alegre y multicolor dibujo en las aguas.

—Ya tengo hambre —dijo—. ¿Qué pasa contigo, Forell? ¿No eres el cocinero esta semana? A ver si preparas algo…

—Se me ocurre algo mejor —sonrió Forell, apretando la cintura de la regordeta Carol; señaló a Nora, que estaba tomando té con menta—. Ella dijo que sabía cocinar, ¿no es cierto? ¡Pues que lo demuestre! Qué demonios, aquí trabaja todo el mundo.

Wesdon, que estaba acariciando una rodilla de Nora, frunció el ceño y pareció dispuesto a protestar, pero ella no le dio tiempo. Se puso en pie rápidamente.

¡De acuerdo! —aceptó—. ¡Os demostraré que soy algo serio en la cocina!

—Te acompañaré —dijo Wesdon.

—¡Nada de eso! ¡No quiero a nadie allí! Yo veré lo que tenemos y me las arreglaré con eso… Y no quiero curiosos, ¿está claro?

—Sí, guapa, sí —suspiró Forell—. Tú prepara la cena y te aseguro que no seré yo quien meta las narices en el pastel.

Hubo algunas risitas. Nora se fue hacia el interior del yate, entró en su camarote, recogió el maletín y se fue con él a la cocina… pero no sin probar, por tercera vez en aquella tarde, a abrir la única puerta del pasillo que permanecía cerrada con llave. Por un instante, estuvo tentada de abrirla con una de sus ganzúas, pero abandonó la idea. Si Wesdon decidía bajar, la situación no sería precisamente buena para ella.

Todo lo que se permitió, fue aplicar el oído a la madera, pero no pudo oír absolutamente nada. Un poco irritada, se fue a la cocina, cerró tras ella, sacó el paquete de cigarrillos y tiró de uno de ellos.

—¿Míster Cavanagh? —susurró.

—Baby, por fin… ¿Qué está ocurriendo?

—Nada. Nos estamos divirtiendo… ¿Permanecen a distancia prudente? No quiero que se acerquen más, aunque sea de noche; que quede esto bien claro.

—No se preocupe por eso. ¿Cuándo abordamos ese yate?

—Ya le avisaré. Hay un camarote cerrado con llave, y creo que dentro deben estar los mandos del control remoto que movían aquel robot o lo que fuese y el pesquero… Pero no quiero hacer nada serio hasta estar segura.

—Tenga cuidado… Si esa gente sospecha de usted, la tirarán de cabeza al mar…

—Estoy preparada incluso para eso.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Le estoy diciendo que cuando trabajo en el mar, pues… me llevo lo necesario. Tranquilícese. ¿Hay alguna noticia del pesquero?

—Todavía no.

—Seguiremos esperando. Piense en esos doce hombres, señor. Es todo —cortó bruscamente—. Adiós.

Cerró la radio, la escondió en el maletín y dejó éste sobre un taburete, tomando precipitadamente un frasco de una alacena con harina dentro… Justo entonces, la puerta de la cocina se abrió y ella se volvió, fruncida el ceño, aparentando que no había oído acercarse a nadie.

—¡Sandy! —protestó—. ¡Has tenido que ser tú…! ¡Fuera de mi cocina!

—Está bien, está bien —rió él—. Sólo quería ver si te las ibas arreglando…

—Me las arreglaré bien… si nadie me molesta.

—Bien, bien… Hasta luego.

Wesdon salió de la cocina, cerrando la puerta. Baby oyó sus pisadas en el pasillo como si dispusiera de un amplificador, dada su asombrosa facultad auditiva. Frunció el ceño cuando las pisadas dejaron de oírse de pronto… Lo cual indicaba, sencillamente, que Wesdon se había detenido.

Se acercó a la puerta, la abrió media pulgada y miró hacia el pasillo. Wesdon estaba sacando una llave del bolsillo. La metió en la cerradura y abrió entrando; Brigitte pudo, incluso oír el suavísimo girar del cerrojo. Sin vacilar ni un segundo, salió de la cocina, recorrió el trecho de pasillo y aplicó de nuevo su finísimo oído a la madera. Sí… Era como si dispusiera de amplificador especial de uso exclusivo…

—… A unas ocho o diez millas de Miami —decía Wesdon.

—No forzad la marcha —dijo una voz metálica, que llevó un escalofrío a la espalda de Brigitte—. Todo va bien. Pronto me comunicaré con los norteamericanos. Respecto a esa nueva chica, he estado pensando en ello, Wesdon, y no me gusta.

—¿Por qué? —Se oyó apenas el murmullo de Wesdon.

—No sé. Demasiada casualidad lo de la marcha de la otra… Recuerda bien que no quiero errores. No perdonaré ningún fallo. Ya hubo el de Janar y el agente ruso, y luego el del compañero del ruso; el que ahogasteis… Un solo fallo más y…

—Pierde cuidado, Zom. No habrá fallos.

—Así lo espero. Asegúrate bien de que esa chica es lo que dice ser… ¿Dónde está ahora?

—En la cocina.

—Que sea ella la primera en probar cualquier cosa que prepare para comer o beber.

—¡Oh!, vamos, Zom…

—Esas son mis órdenes. Y puesto que está en la cocina, y se supone que muy ocupada, ve al camarote y examina sus cosas. Observa si las ropas pueden ser de fuera de Estados Unidos, las etiquetas… Todo.

—Creo que te estás preocupando sin necesidad, Zom, pero lo haré. ¿Algo más?

—No. Siempre es mejor excederse en la prudencia que correr el menor riesgo inútil. Ya son las cosas bastante difíciles sin complicaciones, Wesdon. ¿Todo examinado? ¿Está en perfectas condiciones la cámara de acoplamiento en proa?

—Todo ha sido revisado y puesto en perfecto funcionamiento.

—Bien. No perdáis de vista a esas chicas, por si alguna fuese demasiado curiosa. ¿Están bien ocultos bajo el panel los mandos de la cámara?

—Desde luego. Nadie adivinaría lo que hay tras el panel, te lo aseguro. Además, tú lo diseñaste y sabes muy bien que es imposible que alguien lo descubra.

—No temo eso, sino un descuido vuestro. Vuelve a hablar conmigo dentro de media hora. Para entonces, habré solucionado el asunto con los americanos y te diré cómo están las cosas. Eso es todo.

—Hasta luego, Zom.

Como un rayo, Brigitte regresó a la cocina. Cerró la puerta completamente y una vez más pegó su orejita a la madera… Apenas oyó la salida de Wesdon del camarote, pero sí su entrada en el que iban a compartir aquella noche. Sonrió burlonamente, pensando que Wesdon podía perder todo el tiempo que quisiera examinando sus cosas. Lo único interesante de éstas era el maletín, y lo tenía consigo…

Se volvió hacia la cocina y comenzó a preparar la cena, con el ceño fruncido. ¿Cámara de acoplamiento? ¿A qué se referían Wesdon y el tal Zom, el de la voz metálica? ¿De qué panel habían estado hablando? ¿Y quién era Zom, el de la voz metálica? Indudablemente, el jefe del grupo… Y qué voz tan extraña… Era como si… como si hablase a través de un micrófono o de una lámina metálica… Al parecer, ya no debía tener dudas respecto a la presencia en el yate de los mecanismos de control remoto que movían el pesquero. E incluso estaba allí el jefe de todo aquel asunto…

¿Y bien? ¿Qué estaba esperando ella? ¿Por qué no llamaba a míster Cavanagh, tomaban el yate y…? ¿Y qué podía llegar a ocurrir con los doce hombres que estaban encerrados en el pesquero? Esta última idea la hizo desistir de tomar cualquier iniciativa. Esperaría media hora, hasta que Wesdon volviera a hablar con el tal Zom… Lo mejor que podía hacer era dedicarse a la cena…

Alzó la cabeza al oír el chasquido de la puerta del camarote. Se acercó de nuevo a la puerta, la abrió lo imprescindible y vio a Wesdon caminando por el pasillo hacia la escalerilla que llevaba a cubierta. Pero no subió todavía. Pasó junto a la escalerilla, directo hacia el rincón de proa. Le vio pasar las manos por la pared, como buscando algo. Luego, Wesdon asintió con la cabeza y se volvió… Brigitte cerró completamente la puerta a toda prisa, en silencio. Cuando volvió a mirar, sólo vio ya los pies de Wesdon, desapareciendo hacia cubierta.

Quedó pensativa junto a la puerta. Comprendía que Wesdon había ido a comprobar algo… ¿El panel? ¡Claro! Se había querido asegurar de que todo estaba en orden… Entonces, el panel estaba allí, en el lugar por donde él había pasado las manos.

Bueno era saberlo.

* * *

Cortó un pedacito de carne y se la colocó en la boca delicadamente, masticándola con los ojos entornados, expectante.

—Caramba —sonrió—. Pues me ha quedado bastante mejor de lo que yo misma pensaba. Esto va a ser un éxito… Veamos ahora el jugo de tomate…

Se volvió vivamente hacia la puerta al oír el alarido. Un grito de terror, histérico, penetrante… Casi en seguida, oyó el resonar sordo de unas rápidas pisadas en el pasillo, acercándose. Ni siquiera tuvo tiempo de abalanzarse hacia el maletín en busca de la pistolita. La puerta se abrió bruscamente y una de las chicas entró en la cocina, cerrando, y quedando apoyada de espaldas en la puerta. Estaba tan pálida como podía estarlo un cadáver, su boca temblaba, sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas…

—Carol… ¿Qué te ocurre? —exclamó Brigitte.

—La… la-la-la… la puerta… Yo…

No podía entender lo que decía. Los dientes de la muchacha chocaban con tal violencia que parecían despedazar las palabras. Brigitte se adelantó y la puso las manos en los hombros.

—Cálmate, querida, cálmate… Te daré algo…

—Da… Da… Yo… truo… Di-Di-Dios…

Carol estaba tan profundamente aterrada, que era un milagro que no se hubiese desvanecido. Brigitte la llevó hacia un taburete.

—Vamos, vamos, tranquilízate… Luego me contarás…

Plom. Plom. Plom. Plom…

Brigitte se enderezó tan bruscamente como si acabara de recibir un latigazo. Supo que había palidecido y notó el tremendo escalofrío en todo el cuerpo…

—¿Qué pasa? —Oyó la voz lejana de Wesdon—. ¡Venid, vamos a ver…!

No oyó el resto, porque parecía que sus oídos sólo podían captar aquel otro sonido que ya conocía; plom, plom, plom, plom… Cada vez más cerca. Consiguió reaccionar, al fin, y olvidándose de Carol, se abalanzó hacia el maletín. Metió la mano dentro, frenéticamente… y la puerta de la cocina se abrió, como empujada por un ciclón. Brigitte volvió la cabeza y sus desorbitados ojos quedaron fijos en el artefacto cuadrado de láminas metálicas, cuyas

luces destellaban con una rapidez inaudita.

Carol empezó a lanzar otro angustioso y tremolante alarido, pero del artefacto brotó un retorcido haz violáceo, cuya punta pareció hundirse en el pecho de la muchacha… Inmediatamente, Carol quedó convertida en una masa negruzca, y el hedor a carne quemada se extendió por toda la cocina, como el más repugnante perfume que pudiera imaginarse…

Afuera se oían gritos de las otras chicas, pisadas, exclamaciones, las órdenes de Wesdon… En un instante, el histerismo se había apoderado de los ocupantes del «Sea Captain».

—¡Encerradlas en un camarote! —Se oía a Wesdon.

Mientras tanto, Brigitte Montfort, alias Baby, permanecía inmóvil como una estatua, fijos sus aterrados ojos en el artefacto, que se había desviado ligeramente encarándose a ella, dándole el frente… Sus pavorosas luces seguían destellando velozmente, en varios colores… El olor a carne quemada casi hizo desfallecer a Brigitte, pero no se movió ni siquiera para tapar su boca y nariz. Continuó inmóvil, rígida, inclinada, con la mano dentro del maletín.

Wesdon apareció, agitadísimo, junto al artefacto, penetrando en la cocina. Inmediatamente, palideció, y su mano ascendió para ocultar sus fosas nasales y la boca. Brigitte continuó inmóvil, siempre fijos sus ojos en las luces del artefacto… Otro retorcido haz violáceo brotó de uno de los orificios de la caja metálica, pero muy corto, mucho menos grueso… Durante unos segundos, la punta eléctrica estuvo bailando ante el pecho de la espía más peligrosa del mundo, en clarísima amenaza de muerte… Pero ni siquiera eso consiguió que Brigitte se moviera. Parecía como si ya jamás pudiera volver a moverse.

Wesdon había retrocedido un par de pasos, aterrado, pero, de pronto, el haz eléctrico desapareció en el interior del artefacto. La luz de la cocina se reflejó en lo que parecía un objetivo fotográfico cuando todas las demás luces, también de pronto, quedaron apagadas. El artefacto quedó entonces tan inmóvil como la propia espía. Wesdon entró de nuevo en la cocina, abrió los dos ojos de buey con una mano y se volvió hacia aquella caja metálica con patas articuladas…

—Debería matarte, Wesdon —dijo el artefacto, con su metálica voz—. Y quizá lo haga todavía.

—No —jadeó Wesdon—. Zom, te lo suplico… ¡No!

—Lo pensaré. ¿Sabes por qué está ocurriendo todo esto?

—No… Yo no… no lo sé, Zom…

—Dejaste abierta la puerta de mi camarote.

—¡No!

—Lo hiciste, Wesdon. Son distracciones imperdonables. Ya varias veces, alguien movió el pomo de la puerta, pero como habías cerrado nada ocurrió. Esta vez te olvidaste y una de las chicas entró y me vio… He tenido que matarla. Tendría que matarlas a todas… Y a todos vosotros. ¡Os dije que las vigilaseis en todo momento!

—Zom, estábamos… estábamos arriba, y ella… ella dijo que tenía que bajar al baño… No íbamos a bajar con ella… Perdóname… Te lo suplico, Zom… Soy… soy tu más fiel servidor, siempre te he obedecido, siempre…

—Deja de lloriquear. Ya te he dicho que lo pensaré… ¿Ésta es la nueva en el yate? ¿La chica que vino en lugar de la otra?

—Sí —Wesdon miró a Brigitte velozmente—. Sí, es ella, Zom.

—También me ha visto. Debería matarla, como a esta otra.

Brigitte se había ido enderezando, recobrando la serenidad. Sus ojos quedaron fijos en aquella lente brillante.

—¿Y por qué no me mata? —susurró—. ¿Acaso le molesta el olor a carne quemada, señor Zom?

El artefacto permaneció silencioso durante unos segundos, mientras Wesdon miraba con expresión de espanto a la descarada Nora, cuya serenidad no podía comprender. Cuando por fin Zom volvió a hablar, lo hizo dirigiéndose de nuevo a Wesdon:

—He hablado ya con los norteamericanos por la radio del «Fantasma»… Mi onda llegó a un guardacostas, según me dijeron. Les he pedido el dinero y dicen que me contestarán dentro de un par de horas. Naturalmente, la respuesta será afirmativa. Esperemos, pues, a que los guardacostas se comuniquen con las autoridades que puedan atender nuestro asunto. Mientras tanto, que todas las chicas permanezcan encerradas. Salvo si se acerca alguna embarcación al yate. Entonces, bajo amenaza de muerte, obligadlas a subir a cubierta y que se comporten con la mayor naturalidad posible… Hacedles entender bien su… difícil situación, y prometedles la vida si colaboran.

—Sí, Zom. Lo que tú digas.

El artefacto comenzó a dar la vuelta e inició su recorrido por el pasillo; plom, plom, plom, plom…

—¿Nos volveremos a ver, señor Zom? —preguntó Brigitte.

El artefacto se volvió. Estuvo unos segundos inmóvil, con su brillante lente fotográfica como fija en Brigitte.

—Resérvame a esta descarada para mí, Wesdon —dijo de pronto—. Y espero que esto sí lo entiendas bien.

—Sí, Zom. Te… te la reservaré…

Plom. Plom. Plom. Plom. Plom…

Zom entró en su camarote y Gowan cerró la puerta tras él. Igual que Forell y Ticomew, había permanecido como clavado en el piso del pasillo, pálido, incapaz de moverse. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Zom, Gowan sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente llena de sudor frío. Nadie hizo el menor comentario. Por fin, Wesdon tomó a Brigitte de un brazo, pero ésta se soltó bruscamente.

—¡Suéltame, llorón! —exclamó con desprecio.

—No compliques las cosas —jadeó Wesdon—. Voy a llevarte con las otras chicas, y será mejor que tú misma les digas lo que esperamos de todas vosotras si se acerca algún buque al yate. Vamos, andando.

Brigitte le miró despectivamente. Tomó su maletín y salió de la cocina. Wesdon intentó de nuevo tomarla del brazo, pero ella se apartó, desabrida.

—Aparta tus manazas de mis carnecitas, llorón. Sé caminar sola. ¿Dónde están las otras, Gowan?

Éste abrió una puerta del pasillo, sin replicar. Brigitte entró en el camarote, cerró la puerta y sonrió secamente al oír girar la cerradura. Se quedó mirando a las tres petrificadas y horrorizadas muchachas que se agrupaban en un rincón, palidísimas, temblorosas al fin, al intuir que nada iba a ocurrirles por el momento.

—Os habéis metido en un buen lío, chicas —sonrió la espía—. Por suerte para vosotros, contáis con la mejor ayuda del mundo… Os lo aseguro.

—¿Y… y Carol…?

El rostro de Brigitte se ensombreció.

—Olvidadla. Es todo lo que podéis hacer. Eso, aparte de obedecer en todo lo que os diga Wesdon… Es vuestro único seguro

de vida, por el momento.

—Tú… tú no pareces… asustada…

—Pues lo estoy. Y mucho, queridas. Ahora, cerrad la boquita y tranquilizaos.

De nuevo pegó su orejita derecha a la madera. Durante unos segundos, estuvo escuchando, hasta convencerse de que no había nadie en el pasillo, pues de ser así habría captado cualquier rumor, incluso el de la respiración.

Abrió el maletín, sacó las ganzúas escondidas y disimuladas en el estuche de manicura y se arrodillo ante la puerta. Con todo cuidado, introdujo una de ellas en el orificio. Frunció el ceño, la sacó y eligió otra para realizar la misma operación. Las otras muchachas la miraban con los ojos muy abiertos, en silencio…

Ni siquiera tres minutos más tarde, pero ya con la frente perlada de sudor, Brigitte conseguía abrir. Guardó las ganzúas, sacó la pistolita, cerró el maletín y se pasó el asa por un bracito, de modo que tendría ambas manos libres. Se incorporó y, para estupefacción de las alegres chicas de aquel crucero «de placer», abrió la puerta. Una de ellas se puso en pie rápidamente.

—¡Podemos…!

Brigitte volvió a cerrar la puerta y la miró duramente.

—Sheila, escucha bien esto: si alguna de vosotras sale de aquí, morirá. ¿Me explico bien? Os lo diré por última vez: pase lo que pase, no salgáis de este camarote y sed obedientes y sumisas. ¿Está bien claro?

Nadie contestó. Brigitte asintió con la cabeza. Abrió de nuevo la puerta y salió al pasillo.

Capítulo VIII

Lo primero que hizo fue probar, con exquisito cuidado, el pomo de la puerta del camarote de Zom. Pero esta vez, Wesdon había cerrado y, por otra parte, no le parecía prudente entrar allí… de momento.

Su mirada fue hacia proa, por detrás de la escalerilla de subida a cubierta. Pasó junto a ésta sigilosamente, mirando hacia arriba, por si alguno de aquellos hombres bajaba. Llegó ante el panel que había estado revisando Wesdon y, tras un rápido examen, vio la finísima ranura. Parecía que se necesitaba un cuchillo o algo así para poder entrar, pero no tenía que ser así, sino mucho más cómodo. Sólo veinte segundos más tarde, apretaba el lugar conveniente y el panel quedaba suelto, sujeto sólo por las pequeñas bisagras de un lado. Lo abrió completamente y se quedó mirando la hilera de botones, vacilante.

Por fin, con un dedito, oprimió uno de ellos y en el acto vio una fina raya de luz por delante de ella, a su izquierda, lo cual significaba que había otro panel que podía abrirse. Apretó otro botón y frunció el ceño al oír un sonido como… de maquinaria y en seguida rumor de agua en gran cantidad. El yate osciló ligeramente… y desde arriba llegó una exclamación de sorpresa. Brigitte miró vivamente hacia la escalerilla, comprendiendo que alguien o todos, excepto el timonel Polix, iban a bajar a toda prisa.

En efecto, empezó a oír las precipitadas pisadas en los peldaños y, apresuradamente, apretó todos los botones a la vez. Entonces empezaron a ocurrir cosas; un nuevo panel se abrió, se encendieron más luces en algún punto por debajo de ella que no podía ver, se oyó más claramente el rumor del agua… y al volver la cabeza vio los pies del primero de los hombres que descendía.

Se metió por el hueco dejado por el segundo panel y estuvo a punto de caer rodando por la escalerilla metálica de caracol.

Afortunadamente, tenía ambas manos libres y pudo sujetarse. Inició el corto descenso a toda prisa… para encontrarse en una especie de tanque vacío de todo… excepto de agua, que iba entrando impetuosamente por la doble gran puerta abierta en la quilla…

¡Está abierta la cámara de acoplamiento! —Oyó la voz de Ticomew—. ¡No es posible que haya una avería, lo revisé todo bien…!

Brigitte se encontraba, mientras tanto, en una de las situaciones más comprometidas de su vida; afuera, varios hombres que no tendrían piedad de ella… mientras allí, en aquella especie de depósito, el nivel del agua iba subiendo con una rapidez aterradora. En muy pocos segundos, el agua llegaría por encima de su cabeza, es decir, hasta el nivel del techo de plancha metálica, con lo que el tanque quedaría completamente inundado…

¡Cerrad el panel y que acabe de llenarse la cámara! Luego…

Fue todo lo que oyó, porque el agua, tras impulsarla flotando hasta el techo, llegó también a éste y el tanque quedó completamente lleno.

Mientras tanto, arriba, Wesdon estaba apretando el botón de cierre hermético de las compuertas, al comprobar que el nivel se había cumplido. Junto a él, Ticomew, refunfuñando maldiciones y asegurando que lo había dejado todo en perfecto estado…

Forell llegó corriendo por el pasillo, muy abiertos los ojos.

—Ella no está —exclamó—. ¡Nora no está en el camarote con las otras, Wesdon! Dicen… dicen que abrió la puerta con algo y que salió…

Wesdon palideció intensamente.

—Está ahí dentro; en la cámara… ¡Ha podido descubrir la entrada! ¡Zom va a perder los estribos cuando se lo diga!

—Pues no se lo digas, de momento —se tensó la voz de Ticomew—. ¡Maldita mujer que el demonio se lleve…! ¡Déjala ahí, que se ahogue como una rata y luego expúlsala! Se irá al fondo del mar y ya habrá terminado. A fin de cuentas, igual habríamos tenido que matarla, ¿no es así?

—Pero Zom la quería para él…

—¡Zom va a cobrar ciento veinte millones de dólares muy pronto! Eso le consolará lo suficiente. Si lo que quiere es una chica bonita, nosotros le buscaremos las que quiera. Deja que finalice los

arreglos con los norteamericanos y luego se lo dices…

—Me va a matar…

—¡No digas tonterías! ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por una chica bonita? En cuanto a lo demás, nada ha pasado, ya que nadie sabe nada de nosotros…

—Ya debe estar ahogada, de todos modos —sentenció sombríamente Gowan—. Lástima. Era muy hermosa.

—Esperemos todavía dos o tres minutos —machacó Ticomew—. Si no se hubiese metido ahí, aún estaría viva. Ella se lo ha buscado.

Tres minutos más tarde, Wesdon apretó el botón que expulsaba el agua de la cámara de acoplamiento. Luego, de nuevo cerradas las compuertas herméticas, los tres descendieron a la cámara. El suelo estaba brillante, con algunas manchas de agua todavía… Y eso era todo. No había nada más allí.

—Algún tiburón se dará esta noche el gran banquete en aguas profundas —lanzó Ticomew el epitafio—. ¡Que le aproveche!

* * *

—¿Estás seguro de que se ahogó? —Sonó la seca y metálica voz del artefacto.

—No hay nadie en el mundo que pueda resistir sin respirar seis minutos bajó el agua, Zom. Se ahogó. Luego, la presión de salida del agua se la llevó. Debe estar en el fondo del mar ahora… o en la barriga de varios tiburones. Podemos estar tranquilos.

—Está bien. Lo dejaremos así, Wesdon. No quiero complicar las cosas entre nosotros. Vamos a olvidar lo sucedido, todos estos fallos…

—Te agradezco que no tomes represalias contra mí, Zom. Temí que pudieras…

—Olvidémoslo. Estoy contento, Wesdon, muy contento. Tengo ya la respuesta de los norteamericanos: aceptaron, desde luego. Sólo que, lógicamente, necesitan algo de tiempo para reunir esa cantidad en billetes pequeños.

—¿No habría sido mejor oro?

—No, no… Billetes, Wesdon, billetes. Serán ingresados, igual que los rublos rusos, en nuestro banco de Suiza, y cuando necesitemos dinero, lo retiraremos en francos suizos. Nadie podrá

seguirnos la pista jamás. Y dudo que la CIA o la MVD, por ejemplo, se atrevan a molestar demasiado al banco… A todos los grandes magnates y políticos del mundo les interesa estar a bien con la banca suiza; a fin de cuentas, muchos de ellos tienen cuentas secretas allí. Suiza es un país… intocable. Y sus bancos, maravillosamente discretos. Bien, parece que, pese a todos los contratiempos, el asunto va a terminar a nuestra satisfacción. Ya sabes a dónde debes ir a esperarme con el yate. Os avisaré para el acoplamiento en cuanto tenga el dinero.

—Muy bien, Zom. ¿Saben los norteamericanos cómo deben hacerlo todo?

—Naturalmente. Mis instrucciones no podían ser más claras, ya me conoces… Tirarán el dinero en un gran fardo de lona, envuelto en materia impermeable, encima del pesquero en cuanto éste emerja, mañana al anochecer, en la costa Sur de la más meridional de las Marquesas Keys.

—Ten cuidado Quizá intenten algo, Zom.

—Lo dudo. Saben que dentro del pesquero hay doce hombres que les interesan hasta el punto de pagar ciento veinte millones por ellos. No harán nada… inconveniente, te lo aseguro. Por supuesto, habrá cerca muchas lanchas, embarcaciones con radar y sonar, cañoneras ligeras y puede que hasta tengan algún submarino que tenga en sus pantallas, bien atrapado, al pesquero. Pero no les servirá de nada. Antes de efectuar la separación, pondré en marcha mi sistema protector, la barrera que les impedirá rastrearme. Y el acoplamiento será en el lugar previsto a la hora que oportunamente te indicaré.

—Bien…

—Si estás preocupado, olvídalo. Yo no cometo fallos… Eso se queda para vosotros.

—No habrá fallos esta vez, Zom.

—Pues eso es todo. Sólo tenemos que esperar a mañana al anochecer y tendremos el dinero en la cubierta del pesquero.

Capítulo IX

Ahí sale —musitó uno de los agentes de la CIA—. A la hora prevista y en el lugar anunciado, señor.

Cavanagh dirigió los prismáticos hacia el punto señalado. A la luz ya difusa del anochecer pudo ver, en efecto, cómo el pesquero aparecía en la superficie, deslizándose el agua hacia los lados. Y aún vio más… Vio lo suficiente para acabar de comprender cómo el pesquero podía sumergirse y navegar bajo el agua. Unas curvadas planchas metálicas se deslizaron por los costados del buque, de modo que éste dejó de ser una especie de gigantesco balón de *rugby* flotante. Cuando las planchas desaparecieron a los costados, el pesquero quedó con su forma clásica, normal.

—He aquí un sistema ingenioso —murmuró Cavanagh—. Cierran esas planchas, el pesquero se llena de agua y se sumerge, llevando con él aquel compartimiento de aparatos extraños. Cuando quieren volver a la superficie, expulsan el agua, emergen, bajan las compuertas gigantes y ya tenemos a la vista un vulgar pesquero viejo y deteriorado… Avise al helicóptero para que despegue del islote y venga a traer el dinero.

—Sí, señor.

El hombre de la CIA recurrió a la radio manual para llamar al helicóptero que, desde hacía más de una hora, estaba esperando en uno de los islotes. Una simple orden fue suficiente, de modo que, muy poco después, el rumor del helicóptero acercándose llegaba hasta ellos. Cavanagh había estado mirando a su alrededor las lanchas torpederas, los guardacostas, las pequeñas cañoneras de la Marina… Sabía que había dos submarinos sumergidos por aquellas aguas, dispuestos a rastrear al pesquero aunque éste fuese al fin del mundo. Pero tenía la certidumbre de que nada conseguirían con eso, de que había sido previsto… Desvió los prismáticos hacia el gran helicóptero, del cual pendía el enorme fardo. Ciento veinte

millones de dólares en billetes, ninguno de más de cien dólares. No había sido fácil reunir tal cantidad, desde luego…

—Es demasiado dinero —murmuró su agente— y cabe esperar juego sucio, señor.

—No tenemos otra alternativa —murmuró también Cavanagh—. O eso, o la muerte para esos doce hombres O quizá algo peor. Hay que pagar y esperar que, efectivamente, los dejen dentro de una hora en uno de los Kayos.

—¿Y si no lo hacen?

Cavanagh no contestó. ¿Qué podía decir? La decisión no había sido suya. Ni la de pagar, ni la del plan final. Miró de nuevo hacia el helicóptero y se estremeció al ver el gran fardo pendiente del cable.

—Es una locura —musitó—. Una auténtica locura…

—¿A qué se refiere, señor? ¿A pagar?

—Sí… Sí, a pagar… Ya van a desenganchar el dinero… Cuidado con ese fardo, muchacho —masculló, como si el piloto pudiera oírle —. Es una auténtica fortuna. Si cae al mar…

Se estremeció de nuevo. Cierto que todo había sido previsto, pero… Suspiró cuando el fardo quedó suelto, fue recogido rápidamente y, mientras tanto, el helicóptero se alejaba ya, rumbo a su base.

—Bien… Nosotros hemos cumplido nuestra parte —dijo el agente que le acompañaba—. Veremos si ellos cumplen la suya.

—Lo harán —aseguró sombríamente Cavanagh—. Por las buenas… o por las malas.

—El pesquero se va a sumergir de nuevo, señor.

Cavanagh suspiró profundamente. En efecto, las curvadas planchas habían aparecido, se estaba cerrando. Dentro de muy poco, se unirían herméticamente y el pesquero desaparecería bajo las aguas.

—Toda una fortuna —susurró Cavanagh—. Quiera Dios que podamos recuperarla.

Y, por fin, el pesquero se sumergió.

* * *

Emergió una hora más tarde, ya completamente de noche, muy

cerca de uno de los pequeños kayos del Sur de Florida. Los doce hombres supieron que estaban de nuevo en la superficie y detenidos, porque dejaron de percibir el vibrar de los motores.

Se miraron unos a otros, desolados. No sabían nada de nada. Solamente que continuaban allí demacrados, sin apetito, sin sueño, con los nervios en tensión esperando, esperando, esperando…

—Caballeros, el Gobierno de ustedes ha cumplido fielmente mis instrucciones. Al menos, así lo espero. Por el bien de todos, deseo que el fardo que hay ahora en la cubierta del pesquero contenga, en efecto, ciento veinte millones de dólares. Si han seguido mis instrucciones, ese fardo tiene que ser más bien estrecho y alargado, de modo que pueda ser introducido por la trampilla de este compartimiento. Tres de ustedes van a subir ahora a cubierta y bajarán el fardo. Lo meterán aquí dentro y lo desenvolverán cuidadosamente, porque quiero ver que mis instrucciones han sido seguidas con toda exactitud… ¿Tienen alguna duda?

Todas las cabezas se movieron en gesto negativo. Pero uno de los hombres musitó:

—¿Qué pasará luego con nosotros?

—Podrán marcharse. Saldrán todos a cubierta, sin tocar nada de aquí dentro. Entonces, podrán saltar al agua y llegar a nado al kayo junto al cual estamos detenidos. Espero que todos sepan nadar.

—Eso no es problema, si usted está jugando limpio —musitó otro.

—Estoy jugando limpio. Ahora, veamos si su Gobierno ha hecho lo mismo. Vayan a por el fardo.

Sin necesidad de cambiar impresiones, los tres hombres más jóvenes y fuertes del grupo se dispusieron a obedecer. Salieron del compartimiento y, pocos minutos después, con la ayuda de todos, el largo fardo, cuyas medidas eran las exactas para que pudiera ser introducido allí, quedaban sobre el brillante piso.

—Desenvuélvanlo —dijo la voz metálica.

Fue obedecido rápidamente. Y quedó al descubierto el más grande y fabuloso paquete de billetes que nadie había visto jamás. Estaban en fajos gruesos, que a su vez formaban un fajo más grande, todo sólidamente atado con finas cuerdas de plástico… Tenía la forma de un gran ataúd.

—Caballeros, pueden marcharse. Espero que me perdonen por

las pequeñas molestias que haya podido ocasionarles. Feliz retorno.

Los prisioneros no se hicieron repetir la orden. Uno a uno, salieron a toda prisa del compartimiento. Se oyeron sus rápidas pisadas por el interior del pesquero que era solamente una gigantesca cámara de agua para inmersiones. Luego, el silencio más absoluto reinó en el compartimiento de los extraños aparatos falsos. De pronto, la trampilla se cerró y pareció que el silencio se espesase aún más. Ni el más leve rumor llegaba hasta allí dentro… hasta que, bruscamente, volvió a oírse el leve zumbido de los magníficos motores.

Entonces, mientras los técnicos y científicos que nadaban hacia la rocosa playa continuaban viendo el pesquero meciéndose suavemente sobre las aguas, una parte se separó. El pesquero quedó allí, pero aquel compartimiento en forma de pez se desprendió de él, se sumergió, igual que un gran cigarro plateado, y empezó a alejarse a formidable velocidad, hendiendo fácilmente las oscuras aguas…

* * *

Wesdon entró precipitadamente en el camarote.

—¡Dime, Zom! —exclamó.

—Todo ha terminado. El dinero está conmigo, lo he visto bien por el objetivo. Calculo que llegará al yate dentro de una hora, de modo que preparad la cámara de acoplamiento.

—Sí, Zom. ¡Inmediatamente!

—Eso es todo, Wesdon.

Éste salió a toda prisa del camarote y subió a cubierta. No muy lejos, se veía a la luz de las estrellas el brillo espumoso de una playa festoneada de palmeras. El yate estaba anclado y Polix, Ticomew, Gowan y Forell, cómodamente sentados, fumaban plácidamente.

—Todo ha terminado —repitió Wesdon las palabras de Zom—. Dentro de una hora lo tendremos aquí con los ciento veinte millones de dólares. ¡Vamos a preparar la cámara de acoplamiento! Tú, Polix, quédate aquí arriba vigilando.

—De acuerdo.

Los demás bajaron precipitadamente, a pesar de que disponían de tiempo. Ticomew fue el encargado de llenar de agua el tanque,

dejando abiertas las compuertas por las cuales penetraría el submarino que transportaba una auténtica fortuna. Nunca mejor dicho.

Y casi exactamente una hora más tarde, oyeron el rumor de los motores a través de los paneles. Hubo una poderosa agitación del agua… Luego, silencio. El pequeño submarino había quedado incrustado dentro del gran yate. Ticomew cerró las grandes compuertas y luego apretó el botón que expulsaría fuertemente el agua de la cámara de acoplamiento. Un minuto más tarde, murmuró:

—Listo; cámara vacía.

—¿Bajamos?

—No. Él subirá, como siempre. Esperemos. Ahora debe estar saliendo de la cabina de mandos…

* * *

La esfera que parecía incrustada en la proa del pequeño submarino giró sobre sí misma, igual que hace la Tierra en su sucesión de días y noches. Cuando hubo dado media vuelta completa, apareció el hueco, evidenciándose así que no era una esfera, sino media. La parte que hasta entonces había estado oculta, estaba seccionada. Dentro de la esfera se vio entonces el pequeño sillón anatómico. Al fondo, en la mismísima proa del pequeño submarino, una pequeña pantalla de televisión y un completísimo cuadro de mandos.

Pero esto, allí, en aquel lugar, ya no podía sorprender. No era sorprendente en absoluto. Lo que sí resultó sorprendente fue el hombrecillo que salió de la esfera, abandonando el cómodo asiento anatómico. Medía como metro y medio, era delgado, frágil, de gran cabeza completamente pelada. Ni siquiera tenía cejas ni pestañas. Su rostro era brillante como piel bruñida… como tenía que ser un rostro que, mucho tiempo atrás, había sufrido atroces quemaduras. Cuando se puso en pie, su gran cabezota osciló como si los delgados y estrechos hombros no tuvieran fuerza para sostenerla. Los grandes ojos de color verdoso giraron hacia todos lados, y lo que podía ser una sonrisa se formó en la hendidura que tenía por boca.

Balanceándose por el esfuerzo de sostener la cabeza, el hombrecillo se acercó al gran fardo de dinero y pasó una mano,

también brillante, de piel tensa, sin el menor vestigio de vello, por encima de los billetes empaquetados y sólidamente atados.

—Lo he conseguido —susurró—. ¡Lo he conseguido de nuevo…! Luego seguirán los británicos, los franceses, los alemanes, los japoneses…

De un bolsillo del mono de color azul eléctrico, sacó un pequeño aparato que parecía un encendedor, Lo apretó y una raya de luz brotó, cortando una de las cuerdas. Luego otra y otra… El hombrecillo comenzó a reír. Se guardó el aparato eléctrico, tomó uno de los paquetes de billetes y lo alzó, riendo.

—¡Lo he conseguido! —gritó—. ¡Lo he…!

Su voz se quebró bruscamente, igual que una rama seca pisada por un elefante. Fue un sonido raro, como de algo que se rompe… Sus grandes ojos verdosos, como de pescado, se abrieron desmesuradamente… Al retirar él uno de los paquetes del dinero, los demás habían saltado fuertemente impulsados, y en el centro del ataúd de billetes quedo perfectamente visible su ocupante.

Una mujer morena, de ojos azules. Estaba en bikini, tenía un aparato que parecía una armónica en la boca y en su mano derecha brillaba una pistolita. Estaba completamente empapada en sudor y parecía terriblemente fatigada.

Sin embargo, se sentó ágilmente sobre los billetes, retiró lo que parecía una armónica de su boca y saludó, festivamente:

—¿Cómo está usted, señor Zom? Cuando menos, sorprendido, ¿no es cierto?

El hombrecillo no contestó. Un relámpago verde pareció destellar en sus ojos. Un relámpago de terrible furia. Sus manos soltaron el fajo de billetes, y la derecha fue hacia el bolsillo donde había guardado el encendedor que lanzaba rayos eléctricos.

—Si usted mete la mano en el bolsillo, yo dispararé contra su cabeza, Y no creo fallar; es un blanco terriblemente fácil para mí. ¡Qué cabeza, señor Zom!

—Es una cabeza inteligente —susurró el hombrecillo.

—De eso no me cabe la menor duda. Para urdir todo esto, hace falta ser inteligente. Por supuesto, usted diseñó este submarino, ideó lo del yate, lo del pesquero… Me imagino que ahora, mientras nosotros estamos en la cámara de acoplamiento, mis compatriotas están desesperados porque han perdido el rastro. Ya no reciben

señales… Imagino que dispone usted de una especie de… desconectador de señales que pueden recibir el radar o el sonar. Y… ¿sabe?, esto encantará a los doce hombres que usted ha estado reteniendo prisioneros. Será un obsequio personal mío. En nombre de ellos, gracias por facilitarnos tan conveniente invento, Espero que esté tan perfeccionado como el que ya están construyendo en mi país.

—Todo lo que hago yo está perfeccionado.

—Enhorabuena, señor Zom. Sí… Tiene usted una magnífica cabeza. Pero como ve, la mía, aunque más pequeñita, tampoco está mal en cuanto a su abundante contenido en materia gris, de células pensadoras. ¿No está de acuerdo?

—Quizá. ¿Quién es usted?

—Agente Baby, de la CIA Pero… ¡cómo! ¿No me reconoce usted? ¡Oh!, vamos, señor Zom. Un hombre de su inteligencia no puede dejarse engañar por una peluca y unas microlentillas de contacto…

—Usted murió ahogada… según me dijeron.

—¡Ah! ¿Ya me ha reconocido? ¡Enhorabuena! Pero, como puede comprobar, de muerta no tengo nada… ¿O cree usted que sí?

—Es evidente que no.

—Magnífico. Celebro que usted no crea en fantasmas. Yo tampoco creo en esas cosas. Admito que hay extraños poderes mentales que el ser humano no ha conseguido… descifrar ni dominar todavía, como el vudú y ritos parecidos. Pero de eso a los fantasmas… ¡Bah! Eso sólo asustaría a algunos niños, ¿verdad? Por eso, jamás creí lo del pesquero fantasma. Tenía que tener todo una explicación lógica, y ya dispongo de ella. Debo admitir, sin embargo, que al principio pensé que el pesquero y este… vehículo, eran controlados a distancia desde el yate. Cuando es al revés; desde aquí, usted lo ha estado controlando todo… incluido su pérfido robot de los rayos eléctricos.

—No será tan pérfido cuando usted no se asustó.

—Bueno… Sólo un poco. En mi larga vida de aventuras, me han pasado cosas diversas, a cual más peligrosa. Un robot, para mí, no es más que un montón de hierro que alguien utiliza para hacer el mal. Me asusta, pero ya no me aterra. Pasé por pruebas parecidas hace tiempo y eso me ha curtido mucho.

—Es usted una mujer audaz, sin duda. Y con muchos recursos.

—¿Lo dice porque estoy viva en lugar de estar ahogada? Fue sencillo. ¿Ve esta armónica? La llevaba en mi maletín cuando entré en la cámara de acoplamiento perseguida por sus hombres. Ciertamente, es una armónica… en parte. La otra parte, es un depósito de aire comprimido que permite alimentar los pulmones de una persona corriente durante veinte minutos. Comprenderá que los seis minutos que sus hombres me tuvieron en la cámara fue poca cosa. Cuando abrieron las compuertas y me expulsaron, yo sólo tuve que nadar alejándome del yate, esperar a que éste se alejase, abrir mi maletín impermeable e incombustible, sacar la radio y llamar a mi jefe… Poco después, me recogían en una lancha y me decían que había que entregar ciento veinte millones de dólares, etcétera, etcétera…

—¿Y usted ideó este… truco?

—En efecto. Mi jefe se puso como loco… pero asegurando que era yo quien estaba loca. Y tenía un poco de razón… Si no hubiera llevado mi armónica, ahora usted estaría contemplando mi cadáver, ya que pese a las aberturas en el fardo con el dinero, finalmente, comenzó a faltarme aire… A partir de ahora, seré una entusiasta de la armónica.

—Es usted agradecida.

—En efecto. Pero también soy muy rencorosa, señor Zom… Muy vengativa. Uno de sus hombres golpeó y ahogó a un amigo mío… ¿Cuál de ellos lo hizo?

—¿Un amigo suyo? Creíamos que era ruso…

—No. Los rusos han perdido la pista de todo este asunto… Era norteamericano, compañero mío de la CIA Yo, como a todos, lo llamaba Simón. Ni siquiera le conocía, señor Zom. Pero sí le conocí cuándo le vi muerto. Me dije: «me han matado un Simón». Era un Simón… Sólo eso, pero suficiente para mí. ¿Quién lo hizo?

—No lo sé. Me dijeron lo ocurrido, pero no me aclararon cuál de ellos le había matado. Ni me interesaba.

—Pues a mí, sí. Y puesto que usted no lo sabe, me coloca en una posición difícil. Si usted quiere matar un perro rabioso que hay en una manada y no sabe cuál es el perro rabioso… ¿cómo se las arreglará para saber que ha matado al perro rabioso?

—Matando a todos los perros de la manada.

—Eso es lo que vamos a hacer, señor Zom.

—¿Espera conseguirlo, realmente? Hay cinco hombres armados ahí arriba. No podrá con ellos. Puede matarme a mí y quizá salir de aquí, pero no los vencerá a ellos.

Los ojos de Baby parecieron convertirse en dos diminutos témpanos que despedían ráfagas de frío intensísimo.

—Señor Zom —susurró—, ¿le gustaría que lo llevase a un cirujano de la CIA y que éste, siguiendo mis instrucciones, le efectuase una intervención quirúrgica craneana, por medio de la cual usted quedase convertido en un completo idiota?

El hombrecillo retrocedió un paso. Se tambaleó. Su rostro brillante se distorsionó y perdió el color de papel viejo para quedar teñido de una lividez cadavérica.

—¡No! —exclamó.

—Como ve, sé valorar su inteligencia, señor Zom. Comprendo que quizá hasta se reiría de mí si le amenazase con matarlo, pero no se ríe cuando le amenazo con convertirlo en un idiota babeante y dejarlo luego vivo y libre… ¿Me comprende?

—No hará eso… ¡No!

—Puedo hacerlo. Y lo haré, a menos que usted colabore conmigo.

—¿Qué quiere que haga…?

—Vaya a sus mandos, mueva el artefacto que lanza descargas eléctricas y ahórreme la molestia de disparar contra cinco hombres. Me parece que me he explicado bien. Tiene tres segundos para decidirse…

Capítulo X

Está tardando mucho —masculló Gowan—. Espero que no haya una avería en el submarino.

—Es poco probable tratándose de Zom —replicó Wesdon—. Ten calma. Él sabe lo que hace.

—Sí, pero…

Plom. Plom. Plom. Plom…

Los cuatro hombres se volvieron rápidamente. Wesdon alzó las cejas, sorprendido primero. Luego, pareció alarmarse y se acercó al artefacto, que caminaba hacia ellos, destellando todas sus luces.

—¡Zom! —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no sales ya…?

Una descarga eléctrica culebreó en el aire, gruesa como un dedo, y su punta dio en el centro del pecho de Wesdon que salió disparado hacia atrás, convertido en un montón de cenizas… Al caer, tropezó con Ticomew y, en el acto, éste quedó también carbonizado, atrapados ambos en la línea azul y cayeron formando un solo montón de insoportable hedor, despidiendo un ligero humillo acre, irritante.

¡Zom! —chilló histéricamente Gowan—. ¡Somos nosotros, somos…!

La ondulante e imprevisible línea azulada se desvió hacia Gowan que aún tuvo tiempo de gritar antes de quedar convertido en cenizas.

Forell lanzó un alarido de terror. Estaba lívido, desencajado el rostro, pero su mano tenía ya la pistola lista para disparar. Su dedo apretó el gatillo y la bala rebotó en el «pecho» del artefacto con vibrante tañido metálico… mientras la azulada línea iba hacia él y parecía clavarse en su abdomen. Más cenizas.

—¡Wesdon! —Se oyó la voz de Polix, al mismo tiempo que sus precipitadas pisadas en la escalerilla de cubierta—. ¿Qué pasa ahí…?

Llegó como lanzado al pasillo, no vio a nadie hacia popa y se volvió hacia proa. Todavía pudo ver el largo y brillante relámpago que iba hacia él… Y eso fue todo.

El artefacto quedó inmóvil. Y, por supuesto, pese a la broma de Brigitte el día anterior, era poco probable que pudiera sentirse molesto por el olor intensísimo a carne quemada…

Brigitte apartó la mirada de la pequeña pantalla de televisión que había entre los otros mandos, delante de la esfera giratoria. Junto a ella, de pie, de modo que la esfera se había mantenido abierta, estaba Zom, que había ido controlando la acción de su artefacto por medio de mandos y guiándose por las imágenes que aparecían en la pequeña pantalla.

Por fin, Zom la miró de reojo.

—¿Y ahora? —susurró.

—Ahora, señor Zom, va usted a llamar por la radio a mis compatriotas. Ya sabe cómo ponerse en contacto con ellos, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Pues llámelos. Dígales dónde está el yate y que pueden venir a hacerse cargo del dinero, de usted y a recuperar su tesoro.

—¿Su tesoro? Si ya les digo que pueden recoger el dinero…

—Es que, señor Zom, para la CIA una cosa es el dinero y otra cosa es su tesoro. Su tesoro soy yo.

—Es usted muy ingeniosa.

—Lo sé. Tenga la bondad de llamar. Deles la situación exacta, dígales que vengan inmediatamente, y que todo está bien, tal como les dije que saldría. Le creerán, porque me conocen muy bien. Y cuando termine el mensaje, acabe con estas palabras: «Firmado: Baby». ¿Está todo claro?

—Sí.

—Pues adelante.

Zom se aplicó a obedecer las instrucciones de «Baby», que le vigilaba atentamente dirigiendo frecuentes miradas de asombro a la gran cabezota brillante. Sí; un hombre listo, inteligente. Había sabido conseguir dinero para todo el material auténtico. Había tenido una idea ingeniosa. ¿Qué harían con él? Por una parte, lo consideraba acreedor a la sentencia de la agente «Baby»; la muerte, simplemente. Por otra parte, era un hombre que había cumplido su

palabra de devolver vivos a los doce técnicos y científicos…

—Ya está —murmuró Zom—. Todo en marcha según sus deseos.

—Muy bien. ¿Qué hago con usted, Zom?

Los verdes ojos de pescado de grandes profundidades brillaron intensamente.

—Déjeme marchar —sugirió.

—No creo que eso me convenga a mí ni al mundo. Es usted un ser peligroso, señor Zom.

—También lo es usted, y está libre.

—¿Qué haría usted si yo le dejase marchar libremente?

—No lo sé. Pero quiero enseñarle algo que quizá la convenza de mis futuras buenas intenciones. Venga, verá usted el aparato que…

Súbitamente, mientras parecía que iba a limitarse a pasar pacíficamente junto a Brigitte, Zom se abrazó a ella, lanzando un chillido de furia inaudita. Sus flacos brazos rodearon los de Brigitte, apretándolos contra el cuerpo tan bruscamente que la pistolita cayó al suelo… Brigitte dio un fuerte tirón, convencida de que se soltaría fácilmente del aullante enano cabezudo, pero, aterrada de pronto, comprendió que, al borde de la locura por furia, la fuerza de Zom se había decuplicado y que no iba a resultarle fácil soltarse.

Por un instante, la escena resultó grotesca. Una hermosa, espléndida y divina mujer joven, de un metro setenta de estatura, ataviada con un bikini, estaba siendo abrazada por un espeluznante personaje babeante. Escena grotesca, pero peligrosa, pues los dientes de Zom no pretendían sino morder con la furia del más absoluto odio la carne femenina. Si lo conseguía, la fortaleza de Baby disminuiría notablemente.

La divina espía, que lo comprendió así, dio otro fortísimo tirón, al mismo tiempo que giraba sobre sus pies, como queriendo lanzar lejos de sí aquella especie de parásito ávido de sangre que se adhería a ella, aullando, rugiendo, babeando, abiertas sus fauces de dientes negros y largos… No consiguió desprenderle, pero si evitó que la mordiera. Con la fuerza del giro, ambos rodaron por el suelo, siempre Zom abrazado a la espía, sujetando sus brazos… y descuidando las piernas femeninas.

No debió hacer eso.

No por la belleza de las piernas, sino por su peligrosidad. Una de las sensacionales piernas doradas de la espía más bella del mundo

se dobló y lanzó un golpe terrible con la rodilla al bajo vientre del cabezudo enloquecido. Zom lanzó un aullido, giró, se colocó encima de Brigitte y, para espanto de ésta, echó su cabeza hacia atrás y hacia arriba. La enorme cabezota se blandió sobre la de Brigitte como si fuese una pavorosa maza y, finalmente, aquel fantástico cráneo lleno de materia gris, descendió veloz y fuertemente…

Brigitte lanzó un grito cuando la descomunal frente de Zom golpeó en la suya y envió con terrible fuerza su cabeza contra el suelo, de modo que el golpe fue doble. Casi aturdida, vio cómo aquella cabezota se alzaba nuevamente y descendía. Ladeó la cabeza para evitar el impacto que, sin duda, en el hombro derecho… Fue como si un troglodita la hubiera golpeado con su nudosa maza. El dolor fue tan intenso que ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. La baba de Zom cayó sobre su pecho, mientras nuevamente aquella espantosa e inesperada arma del grotesco personaje se alzaba dispuesta a descargar otro golpe. Con sus últimas fuerzas, Baby se curvó hacia arriba, sosteniendo el peso de su cuerpo y el de Zom sobre el arqueado vientre. Zom descargó un nuevo cabezazo, pero justo cuando Brigitte conseguía aquella dificilísima postura de puente que tantas y tantas veces había utilizado en sus entrenamientos de judo en el suelo.

La cabeza pasó como un meteorito por encima de la de ella y chocó con escalofriante violencia contra el suelo, haciendo temblar todo el pequeño submarino. Zom lanzó un aullido, la presión de sus brazos se aflojó y en el acto, igual que una víbora untada de aceite, la espía salió de aquel cepo hacia abajo y luego se alejó rodando hacia su pistolita.

La empuñó, se volvió hacia Zom y vio en la mano de éste aquel pequeño encendedor que lanzaba rayos mortales, sin duda, tales, sin duda.

Plof.

El dedito de la espía se había crispado, la bala salió… y se hundió en las inmensidades de aquella cabezota. Zom dio una vuelta en el aire y cayó de cabeza, igual que un tentetieso. Rebotó y quedó cara al techo, abiertos sus espantosos ojos verdosos.

El pequeño helicóptero no tuvo la menor dificultad en posarse sobre la cubierta del yate, a popa, y en el acto, dos hombres saltaron de él pistola en mano. Uno de ellos dio unos cuantos pasos,

renqueante.

¡Baby! —llamó—. ¿Dónde está?

—Bajemos, señor. Es posible que nos esté esperando en esa cámara de acoplamiento o lo que sea… Maldita sea, todavía me dura el tembleque en las manos desde que usted me dijo, cuando ya todo había terminado, que ella iba en el paquete de dinero… Espero que esté bien.

Bajaron rápidamente los dos y comenzaron a abrir puertas de camarotes, llamando a Baby.

¡Aquí, señor!

Cavanagh se precipitó hacia el camarote cuya puerta acababa de abrir su agente. Ambos quedaron en el umbral, contemplando a las tres aterradas muchachas que se abrazaban unas a otras en un rincón. Estaban absolutamente aterradas, incapaces de la menor reacción.

—¿Dónde está ella? —preguntó Cavanagh—. ¡La chica que estuvo con ustedes antes en este yate! Bueno, ahora es morena y…

Plom. Plom. Plom. Plom. Plom…

Simón fue el primero en volverse. Sus ojos se desorbitaron y en su boca apareció un gesto entre estupefacto y espantado. Cavanagh respingó al ver, acercándose por el pasillo, aquel artefacto y recordó en el acto las explicaciones que recibiera de Brigitte.

—¡Adentro! —aulló—. ¡No podremos nada contra eso…!

Entraron los dos en el camarote y cerraron la puerta. Unas gotas de sudor aparecieron en sus frentes, mirándose indecisos y asustados.

—Han debido matarla —jadeó Cavanagh—. ¡Si lo han hecho, yo les…!

Hubo un humo en la puerta, a la altura de la cerradura. Luego, la puerta se abrió violentamente, impulsada por una «rodilla» del artefacto y éste quedó en el umbral, destellando todas sus luces. Cavanagh alzó la pistola…

—Hola, ¿qué tal? —dijo el artefacto—. ¿Han tenido buen viaje hasta el yate, queridos?

—Por el amor de Dios —jadeó Cavanagh, como a punto de desmayarse.

—Baby —exclamó Simón—. ¿Es usted?

—Vamos, vamos, Simón… Me está usted ofendiendo. ¿No ve que

esto es solamente un montón de chatarra?

—Bueno, quiero… qui-quiero decir… Yo…

—¿Cree usted que este montón de hierros tiene mis mismas formas esculturales, querido?

—No, no, claro… ¡Por Dios, no! Lo que yo quería decir…

—Ya está bien —gruñó de pronto Cavanagh—. La broma ha terminado, Baby.

—Pues es una lástima —se oyó la encantadora risa de la divinísima espía—. Empezaba a gustarme manejar este juguete. Se llama Zom, no bebe y sólo come pilas secas de gran concentración. Saluda a los señores, Zom.

Y el artefacto, muy educado, dobló una rodilla.

Adelantos de la técnica.

Este es el final

—¡Fantástico! —aulló Miky Grogan—. ¡Absolutamente fantástico! ¡Es uno de los mejores artículos que se han publicado jamás en todo el mundo! ¡Sensacional! Esto… ¿No está la señorita, Peggy?

Grogan y Minello se detuvieron en seco al llegar al elegantísimo *living* del fabuloso apartamento en plena Quinta Avenida neoyorquina y no ver allá esperándoles a Brigitte, tal como ésta les había prometido.

—Sí, señor —sonrió la rubia doncella de la espía más audaz y hermosa de todos los tiempos—. En seguida, viene. Tomen asiento, por favor. ¿Tomarán algo?

—¡Je, je! —Se frotó las manos Frank Minello—. Yo tomaría un cóctel hecho con besos, sangre, cabellos y suspiros de tu patrona, jovencita.

—No creo poder preparar ese cóctel —sonrió Peggy.

—Entonces, martini. Al viejo… Ejem… Al jefe, nada. Su úlcera no le permite beber. ¡Je, je!

—Cualquier día, Frankie, te despediré —borbotó Grogan.

—Seguro, seguro… Igual que a Brigitte. Siempre la está despidiendo… y a los dos días, la readmite, completamente apabullado por sus artículos. Mire, jefe, es mejor que no gaste más energías en dárselas de terrible, ¿me comprende? Ni a Brigitte ni a mí nos asusta usted, a estas alturas. En cuanto a su úlcera…

Plom. Plom. Plom. Plom. Plom…

Los dos hombres se volvieron, sorprendidos, hacia donde oían aquellos sonidos, y quedaron blancos como el más blanco de los papeles.

—Mi madre —tartamudeó Minello—. ¿Qué es… eso?

—Me llamo Zom —dijo el artefacto—. No fumo, no bebo, sólo me alimento de pilas secas de alta concentración. ¿Cómo están

ustedes?

Miky Grogan lanzó un gemido y se dejó caer en el sillón más cercano. Minello tragó saliva y pudo tartamudear:

—Esa es… es tu voz, Brigitte… ¿Eres… eres tú?

—Me llamo Zom. Pero antes fui Brigitte Montfort; un brujo me maldijo, me echó un hechizo y me convirtió en esto que ahora veis. ¿Ya no te gusto, Frankie?

—Bicarbonato —gimió Grogan—. Peggy, un poco de bicarbonato, por favor… ¡Ay!, mi estómago…

—¿No le gustó mi artículo, Miky? —preguntó el artefacto.

—Mucho… Muchísimo… ¡Ay!, mi estómago, Dios mío…

—Peggy —dijo Zom—, un comprimido para el señor Grogan…

—¡No! —aulló éste—. ¡Nada de comprimidos! Bicarbonato… Esta ocasión merece bicarbonato… Por lo que más quiera, Brigitte, ya basta…

Minello soltó una risita y miró a Zom.

—¿De verdad no fumas, chico? Lástima, te invitaría…

Encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia el artefacto. Aún estaba el humo visible, cuando apareció Brigitte, sonriendo. Llevaba un vestido de noche corto y escotado, y al verla, Minello se llevó una mano al corazón.

—¡Ay!… ¡Ay!, mi corazón… Que me da un síncope… ¡Ay!, mi corazón. ¡Ay!, mi estómago…

—Pero bueno —rió dulcemente Brigitte—. ¿Ninguno de los dos está en condiciones de ir a cenar conmigo?

—¡Hey, eso es otra cosa! —gritó Minello—. ¡Ya no me duele nada!

Se echaron a reír los cuatro, aunque Grogan lo hizo un poco a regañadientes. Minello miró al artefacto, frunció el ceño y dijo:

—¿Sabes una cosa, Brigitte? Casi me gustan más las piernas de Zom que las tuyas…

—¡Ay!, Dios mío —gimió Brigitte—. ¡Peggy, las sales! ¡Las sales, que voy a desmayarme!

—¡Je, je! —rió Minello, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra—. ¡Esta ha sido la mejor broma de mi vida! ¡Qué broma tan estupenda, decir que las piernas de…! ¡Ay, qué risa, madre mía, qué risa…! Soy más bruto, pero… ¡qué risa, madre mía! ¡Esta es la mejor broma de mi vida…!

—¿Sí? —Frunció el ceño la superbellísima espía internacional—. Pues te diré una cosa, Frankie Minello; ¡no me ha hecho la menor gracia!

FIN

Notas

[1] Véase *Fuga de cerebros*, de esta misma serie. <<

[2] Véase *Nadie gana las guerras* y *El canto de las tortugas*, de esta misma serie. < <